

ANUARIO DE ESTUDIOS MEDIEVALES
43/2, julio-diciembre de 2013, pp. 977-1024
ISSN 0066-5061

RESEÑAS

Fernando ARIAS GUILLÉN, *Guerra y fortalecimiento del poder regio en Castilla. El reinado de Alfonso XI (1312-1350)*, Madrid, Ministerio de Defensa - CSIC, 2012, 437 pp. ISBN 978-84-9781-746-2.

Decía un personaje creado por don Juan Manuel: *Sennor infante, segund dizen los sabios todos –y es verdat – en la guerra ay tantos males que non sola mente el fecho, mas aun el dicho, es muy espantoso, et por palabra non se puede dezir quanto mal della nasce et por ella viene. Ca por la guerra viene pobreza et lazeria et pesar, et nasce della desonra et muerte et quebranto et dolor et deservicio de Dios et despoblamiento del mundo et mengua de derecho et de justicia* (Don Juan Manuel, *Libro de los Estados*, Primera Parte, cap. LXX). Y en otro lugar este mismo autor afirmaba: *de todos los males et enxecos et enojos que a los omnes pueden venir, [el mayor] es la guerra* (Don Juan Manuel, *Libro Enfenido*, cap. XXI). Consecuentemente con este pensamiento, advertía que *por ende, deve omne escusar quanto pudiere de non aver guerra. Et todas las otras cosas deve omne ante sofrir que començar guerra, salvo la desonra*.

Teniendo en cuenta que la biografía del redactor de estas palabras se encuentra plagada de episodios bélicos en los que no solo participó, sino que en ocasiones él mismo auspició y aún provocó, no es fácil valorar si estas reflexiones representan el sincero y crudo reconocimiento de alguien que evalúa la realidad desde su propia y –según puede inferirse de la opinión expresada– amarga experiencia, o si, por el contrario, no dejan de ser las consideraciones de un cínico para quien la certeza de que sus acciones causaban todas las calamidades anotadas nunca pesó lo suficiente como para abjurar de la violencia. Como quiera que fuese, en el enjuiciamiento que don Juan Manuel hace de la guerra hay un silencio que llama la atención, sobre todo cuando se conoce su trayectoria vital: ciertamente, él fue testigo directo de los efectos de la guerra –la pobreza, el pesar, la deshonra, el dolor, la injusticia, la muerte...–, pero también pudo comprobar en primera línea y en sus propias carnes otra realidad no menos cierta pero a la que, como decimos, no alude: la guerra no solo arruina, destruye o elimina, sino que también cimenta, construye y fortalece fortunas, linajes y poderes.

Precisamente a esta cuestión –olvidada o silenciada por don Juan Manuel– está dedicado el libro que ahora se presenta: al análisis de la incidencia de la guerra en el proceso de fortalecimiento del poder real durante el gobierno de Alfonso XI de Castilla. Para ello, el autor parte de una premisa que intenta demostrar a lo largo de todo el texto: la guerra le sirvió a Alfonso XI *para integrar a la elite social y política del reino en su bando*, haciéndola partícipe y colaboradora necesaria en unas empresas que reportaban a todos –al rey y a los grupos dirigentes– *beneficios de diversa índole*. Esta estrategia sin duda fortaleció al poder regio, como demuestran sus éxitos militares, pero este robustecimiento no se habría alcanzado mediante el sometimiento de aquella elite –especialmente la nobleza– a la monarquía, sino gracias a su integración

en la causa del rey, siguiendo para ello unas pautas de comportamiento de carácter netamente feudal (pp. 19-20).

En palabras del propio autor –en una introducción que clarifica perfectamente sus hipótesis, objetivos y metodología– para explicar el fortalecimiento del poder regio se propone *trascender los aspectos estratégicos y tácticos y determinar las repercusiones sociales, políticas, económicas e ideológicas que la política militar castellana tuvo durante el reinado del Onceno, para, en la medida de lo posible, extraer las consecuencias que tendría sobre la sociedad castellana de una manera amplia y precisa y, a la vez, analizar el papel indispensable que desempeñó para que el poder real experimentara un importante fortalecimiento en dicho período*. En consonancia con este planteamiento *el trabajo asume los intereses y objetivos que la renovada historia militar está desarrollando en las últimas década, con ánimo de ampliar los horizontes de las citadas cuestiones e insertarlas en el núcleo de la historia social* (p. 21).

La metodología empleada en el curso de la investigación parte de una realidad ineludible: la escasez de documentos. No obstante, esta carencia es compensada con una relectura de las fuentes ya conocidas y por el planteamiento de nuevas preguntas y perspectivas que se fundamentan, en buena medida, en las propuestas post-modernas –el giro lingüístico– que abogan por prestar atención a las palabras y por considerar a las crónicas como “artefactos literarios” dotados de una “lógica social”, cuya gestación responde a una intencionalidad política y a unos motivos ideológicos y propagandísticos determinados. La metodología de trabajo, según confiesa el propio autor, tampoco es ajena a la influencia de la sociología y de la antropología (particularmente en aquellos aspectos relacionados con la representación del poder y con la memoria regia), dentro de una perspectiva comparativa sobre la que se incide de manera especial.

Para demostrar las hipótesis de partida y alcanzar las metas que se propone, la obra se presenta articulada en ocho grandes capítulos que le permiten ir desgranando minuciosamente su análisis. El primero de ellos, que tiene un doble carácter historiográfico y heurístico, presenta no solo un estado de la cuestión de los estudios de sobre el reinado de Alfonso XI –con atención especial a las publicaciones sobre los aspectos militares del período–, sino también un panorama de las fuentes diplomáticas disponibles –cuya escasez intenta ser explicada en relación con la actividad política del monarca– y de la cronística del reinado, materia esta última que le sirve al autor para realizar una necesaria reflexión sobre *el entramado propagandístico* al servicio del discurso ideológico y de la representación del poder regio que subyace en la elaboración de estas piezas literarias.

La conexión entre la guerra y el fortalecimiento del poder regio tiene una vertiente ideológica de importancia sustancial, puesto que la actividad bélica contra el Islam se convirtió en *una de las características definitorias de la propia institución regia*. Según el autor demuestra a lo largo del capítulo 2, los discursos inspirados por la monarquía, especialmente a través de la producción cancilleresca y de la cronística, pretendían alcanzar dos propósitos: de un lado, justificar y legitimar la guerra contra el Islam, para lo cual se desarrolló una amplia gama de motivaciones que iban desde las más pragmáticas (la defensa del reino y la libre decisión del monarca, que involucra a todo el reino apelando al deber feudal, al vínculo de naturaleza o al bien

común), hasta las de índole religioso (el ideal cruzadista, la visión providencialista de la historia y de la guerra), pasando por otras de carácter histórico (la noción de reconquista como vindicación del territorio de los antepasados, injustamente detentado por los musulmanes). Se sostiene, creemos que con razón, que *es imposible discernir la capacidad motivadora que este discurso ideológico tenía... lo que sí se puede inferir es que sería asumido por la Corona debido al enorme grado de aceptación y el consenso político que, se suponía, generaba en torno a sí. Es decir, independientemente de su eficacia, había un reconocimiento social* hacia el mismo, (p. 79), en cuyo caso, pensamos nosotros, habría que concluir que era eficaz. Por otro lado, aquel discurso servía también para mostrar *una visión idealizada de la guerra en la que la figura del monarca era constantemente ensalzada por su dedicación y éxito militar* (p. 63). La directa implicación del rey en una guerra justificada, sacralizada e idealizada, actuaba como mecanismo legitimador de la propia monarquía, que de esta forma no sólo se construía un autorretrato ideal a partir de su habilidad guerrera, sino que también forjaba su propia memoria fundamentándose en sus éxitos militares.

Todo este entramado ideológico se soportaba sobre una realidad bélica, a cuyo análisis se dedica el capítulo 3. Es evidente que la actividad militar de Alfonso XI se convirtió en uno de los ejes de su reinado, lo que se tradujo en un contexto de lucha *si no permanente, sí cotidiano* (p. 108). Es por ello que un estudio como éste necesitaba explicar tanto la composición de los ejércitos (obligaciones y reclutamiento, formas de pago, tipos de tropas, número de efectivos) como la forma en que actuaban (estrategia y tácticas). El balance de la política militar del monarca castellano que se realiza, aunque alejado del triunfalismo tradicional, es positivo y se explica gracias al aumento del poder real. Ahora bien, este fortalecimiento regio no residía –a juicio del autor, que hace de esta idea el fundamento de su tesis– tanto en los avances institucionales del reinado, como sobre todo en *la colaboración, aceptación y connivencia de los principales sectores del reino*, a los que el rey consiguió integrar y *hacerlos partícipes, de una u otra manera, en sus campañas* (p. 163) y en los beneficios generados por éstas. Éste es el *componente bidireccional* de la guerra al que se alude repetidamente a lo largo de la obra: el poder regio se refuerza gracias al apoyo de diversos grupos a su política militar, y éstos se benefician a su vez de las ganancias obtenidas con la aplicación de dicha política.

En consonancia con este pilar básico de su argumentación, Fernando Arias Guillén dedica los siguientes capítulos al papel desarrollado por cada sector social en la política bélica, poniendo de manifiesto no sólo las relaciones mantenidas por el monarca con cada uno de ellos, sino también el carácter de sus aportaciones y las contrapartidas que recibían y que, a la postre, explican sus implicaciones en la política militar de la corona. En este panorama, la contribución de la iglesia al esfuerzo bélico (capítulo 4) recibe una atención particular de la que se desprende el mutuo interés de la monarquía y de las instituciones eclesiásticas (el episcopado, las órdenes militares y el Papado por mantener una actitud de colaboración –por supuesto, no exenta de tensiones y abusos– en materia tributaria, ideológica y militar.

No menos relevante resulta, a la hora de explicar tanto los éxitos militares como la expansión del poder real, el papel de la nobleza. Siguiendo el hilo argumental que articula la tesis del autor, de nuevo la colaboración, el pacto y la reciprocidad se convierten en la clave de las relaciones entre la monarquía y una nobleza que acabó

integrándose –más por la política alfonsí de perdón y negociación que por el uso de la fuerza– en un *bando regio* que se fortalecía en la misma medida en que incorporaba a los nobles a su empresa política y a sus proyectos militares. Conviene subrayar que el consiguiente fortalecimiento real se realizaba a partir de unas *pautas feudales* que generaban *redes de dependencia sobre sectores del reino cada vez más amplios* (p. 209), debiendo destacarse, a este respecto, el éxito del rey a la hora de crear un grupo nobiliario propio formado por los familiares y descendientes de Leonor de Guzmán. Para la nobleza, a su vez, esta colaboración bélica se mostró muy rentable, puesto que le permitió participar en las rentas regias, bien a través del cobro de soldadas, bien por la recepción de posesiones territoriales, contrapartidas, en uno y otro caso, de los servicios militares prestados al rey, quien se convirtió en el principal *agente redistribuidor de las mercedes* (p. 234), dentro de un sistema de relaciones interpersonales que el autor compara con el “feudalismo bastardo”.

En el engranaje de este mecanismo bidireccional de relaciones políticas y sociales, la financiación de la guerra ocupa un lugar clave, y ello por dos razones básicas: primero, porque el dinero representa la palanca que permite la puesta en marcha de toda la maquinaria militar y la energía necesaria para mantenerla en movimiento hasta alcanzar los objetivos propuestos, de modo que las vías para conseguirla –la fiscalidad regia, los recursos disponibles, las innovaciones introducidas en el sistema, sus desviaciones y abusos, el consenso social requerido para su funcionamiento...– necesariamente tenían que ser estudiadas, tal como se hace en el capítulo 6. Segundo, porque el proceso de recaudación, en la medida en que permitía compartir los beneficios, se configuró como una fórmula para incorporar a las élites –los concejos y las oligarquías locales, la nobleza, los miembros de la corte– y hacerlas cómplices de los proyectos regios (capítulo 7). Sin duda una mayor recaudación fiscal para financiar la guerra fue un éxito de Alfonso XI y la *la raíz de su triunfo* [a juicio del autor] *no solo se basó en la implantación de nuevos tributos o en una mejora del entramado institucional que se encargaba de la percepción de los mismos, sino que resultaría fundamental la capacidad de integrar y hacer partícipes de dichos procesos a la oligarquía urbana y a otros sectores del reino* (p. 314). Posiblemente fue la incidencia de la Peste Negra la que vino a poner fin a esta exitosa trayectoria económica.

En fin, no cabía ignorar que la amplia participación y connivencia en torno a la guerra hacía que todo el cuerpo social se viera implicado tanto en los riesgos inherentes a la conflictividad armada –la muerte, el cautiverio, los daños materiales– como en los potenciales beneficios, que no eran pocos: salarios y botín, distinciones honoríficas, ventajas fiscales, transferencias de rentas regias a los patrimonios particulares, beneficios legales, concesiones territoriales... Cabría considerar, pues, que la guerra no sólo fortalecía a la monarquía, sino que generaba y extendía oportunidades de las que el conjunto social se aprovechaba, aunque de manera muy desigual, puesto que las más lucrativas siempre revertían sobre las élites (capítulo 8).

Como ya hemos tenido ocasión de indicar en anteriores párrafos, el autor afirma asumir los intereses y objetivos de *la renovada historia militar* con el propósito de *ampliar los horizontes de las citadas cuestiones e insertarlas en el núcleo de la historia social* (p. 21). Creemos la obra cumple perfectamente con esta aspiración, sobre todo porque ofrece un modélico ejemplo de análisis histórico que toma la guerra como atalaya desde donde contemplar no sólo la construcción, fortalecimiento y legi-

timación de un poder político, sino también los mecanismos de acción e integración social que lo hacen posible. Y en una sociedad tan militarizada como la castellana medieval, quizás sea esta una de las perspectivas más adecuadas para el estudio de esta realidad histórica.

FRANCISCO GARCÍA FITZ
Universidad de Extremadura

Iván ARMENTEROS MARTÍNEZ, *Cataluña en la era de las navegaciones. La participación catalana en la primera economía atlántica (c. 1470-1540)*, Vilassar de Mar, Fundació Ernest Lluch - Lleida, Milenio, 2012, 334 pp. ISBN 978-84-9743-515-4.

Aunque como sucede a menudo el contenido responde más al subtítulo que al título, estamos frente a una obra importante, bien organizada y bien escrita sobre un tema poco tratado, para cuyo estudio el autor ha trabajado una amplia base documental, extraída principalmente de los protocolos notariales barceloneses y de documentación procedente de la Baja Andalucía y de Tenerife. Con un acierto más: superar la falsa frontera entre la Edad Media y la Edad Moderna.

El libro puede dividirse en dos grandes partes. En la primera, se trazan sucesivos estados de la cuestión sobre la Barcelona bajomedieval, los descubrimientos y conquistas del Mediterráneo atlántico (entre Madeira, Cabo Verde y las costas africanas), la organización económica de este espacio y la participación, secundaria, pero crucial en algunos aspectos, de comerciantes catalanes en este proceso. El meollo de la obra se encuentra en la segunda parte, fruto de la investigación directa del autor, quien en dos capítulos muestra la trayectoria de los linajes más importantes de hombres de negocios catalanes que prosperaron en la zona, así como de aquellos personajes o familias que expandieron su actuación hasta el continente americano.

La parte introductoria es de gran utilidad y permite comprender la complejidad de intereses, oportunidades y conflictos que representaron las navegaciones y la posterior explotación de los territorios descubiertos, ya fuese por conquista, saqueo o comercio. El binomio esclavos-azúcar se erigió en pieza fundamental de la explotación económica y del comercio de la zona. La participación de los catalanes fue escasa, aunque constante y de importancia en aspectos concretos pero decisivos: en especial las técnicas de obtención del azúcar y la aportación de capitales, aspecto éste último que el autor cita, pero que quizá debería haber puesto más de relieve. También debería haber merecido más atención la anterior presencia catalana en el Atlántico, en especial la importancia del comercio con Flandes, en la que se hace poco hincapié. También pueden señalarse algunos descuidos bibliográficos y pequeños errores, como hablar de la devaluación del florín (p. 36) cuando de lo que se produjo fue su revaluación.

La parte principal de la obra se centra en la etapa posterior a la guerra civil catalana (1462-1472), cuando coinciden la postración económica de Cataluña y en especial de Barcelona, el avance turco en el Mediterráneo oriental y el gran momento de la expansión atlántica. En estos años, según el autor, *buena parte de la clase mercantil catalana había reorientado sus intereses hacia el Atlántico medio* (p. 198); se

trata sin duda de una exageración excusable por el amor de todo autor por su tema. Los mercaderes o linajes mercantiles que se interesaron por el espacio atlántico fueron comparativamente pocos y, hecho más importante, la mayoría de ellos consideraba los productos atlánticos como un refuerzo de lo que continuaba siendo su meta principal: el comercio mediterráneo. Prueba de ello es que el interés catalán por el comercio atlántico desapareció prácticamente cuando resultó imposible el tráfico con el Mediterráneo oriental: la caída de Rodas a finales de 1522 marcó a la vez el fin del gran comercio catalán tanto en oriente como en occidente. La excepción, que compone el tema central del libro, fueron unos pocos linajes mercantiles, que lograron grandes fortunas y que a medida que triunfaban en el mundo atlántico fueron desarraigándose paulatinamente de Barcelona y del comercio mediterráneo. En un esfuerzo documental e interpretativo importante, el autor nos presenta las personas y las actividades de diversos grupos familiares, con miembros asentados y activos en la Baja Andalucía y las islas Canarias, entre los que sobresalen los Benavent y los Font; por cierto que unos cuadros genealógicos de estas complejas familias habría sido de gran ayuda para los lectores. El estudio de estos linajes muestra en paralelo sus actividades, su enriquecimiento y su pronta incorporación a las clases dirigentes del espacio atlántico, la mejor muestra de la cual es la transformación de los comerciantes Benavent catalanes en los nobles Benavente Cabeza de Vaca andaluces. En la actividad de estas familias, el comercio con Cataluña y el Mediterráneo fue cada vez más secundario. Sus intereses se centraban en los intercambios entre Andalucía y las islas, y en la explotación de las grandes extensiones de tierra obtenidas en las Canarias, dedicadas a la producción de azúcar, cuya comercialización se convertiría en la base principal de su actividad mercantil; en cambio, su participación en el negocio americano fue de tono mucho menor. Aunque siempre mantuvieron algún miembro de la familia o algún corresponsal en Barcelona, el comercio con ésta no era muy importante; sin embargo, la ciudad fue muy utilizada como plaza aseguradora, incluso para viajes sin ningún contacto con la ciudad ni con el Mediterráneo. Se trata de un hecho a primera vista sorprendente del que Armenteros ofrece una buena explicación desde la perspectiva de la demanda: la posibilidad legal de asegurar una proporción mayor del valor de la carga o de la nave. Sin embargo se echa en falta una mayor aclaración desde el lado de la oferta: la Barcelona de finales del siglo XV, ¿rebosaba de capital?; creo que el autor tiene aquí un tema del máximo interés para nuevas investigaciones.

Como prolongación lógica del tema central del libro, un último capítulo se dedica a las relaciones de Cataluña con América. En este aspecto resulta insoslayable terciar en la discusión sobre si los súbditos de la Corona de Aragón fueron o no excluidos del negocio americano. Armenteros defiende que no, y no se trata aquí de entrar en la discusión de un tema tan complejo y encontrado. Sin embargo, sí quisiera señalar que la argumentación aportada resulta poco consistente: la real provisión de 1504 que Armenteros aduce en favor de la no exclusión, de hecho excluye a los comerciantes extranjeros a no ser que fuesen vecinos y moradores de Castilla y actuasen asociados con súbditos de esta corona; la excepción confirma que la norma era por tanto la exclusión. En todo caso tiene razón en que tampoco hubo excesivo interés por parte catalana: una vez el avance turco cerró prácticamente el comercio con el Mediterráneo oriental, Cataluña no disponía de productos propios o de reexportación con que pagar el comercio americano.

Las conclusiones son un buen resumen del contenido y las tesis del libro; creo que, aparte de la discrepancia en el tema de la exclusión, sólo cabe hacer dos pequeñas observaciones a estas páginas finales: la preferencia catalana por el comercio mediterráneo se argumenta con la conquista de Túnez, pero ésta no fue una decisión de Barcelona, como se afirma, sino del emperador. Y un último punto casi anecdótico, aunque el autor encabeza con él las conclusiones: a mi parecer Lázaro Font, que pasó a América como militar, participó en la búsqueda del Dorado, fue uno de los fundadores de Bogotá y luchó en el Perú, no sería representativo de la fortuna de una familia mercantil catalana; su comportamiento parece relacionarse más bien con el de tantos hidalgos castellanos que fieron sus sueños de fama y riqueza a la fortuna de las armas.

En definitiva, Armenteros ha escrito un libro importante sobre un tema hasta ahora orillado; los pequeños errores o discrepancias expresados no son más que sombras en el paisaje. Cabe pues felicitar al autor y a la Fundació Ernest Lluch por su acierto a la hora de elegir los becarios postdoctorales a los que permite continuar sus investigaciones.

GASPAR FELIU I MONTFORT
Institut d'Estudis Catalans

Alexandra BEAUCHAMP (ed.), *Les entourages princiers à la fin du Moyen Âge, une approche quantitative*, Madrid, Casa de Velázquez, 2013, 211 pp. (Collection de la Casa de Velázquez; 134). ISBN 987-84-96820-72-2.

Dans le champ des études curiales, qui est actuellement en pleine effervescence, la publication de ce recueil de contributions portant sur le nombre des serviteurs princiers vient à point nommé combler une lacune de l'historiographie, avec cette approche quantitative. Suite à la rencontre tenue à Limoges en novembre 2009, la coordinatrice de l'ouvrage a sollicité divers spécialistes afin d'étendre le champ chronologique et géographique de la réflexion. Alexandra Beauchamp, maître de conférences à l'Université de Limoges, contribue activement à la recherche actuelle sur les cours médiévaux, notamment à travers une série de colloques organisés conjointement avec María Narbona Cárceles, de l'Université de Saragosse, et le soutien de la Casa de Velázquez, ce qui donne à espérer de futures publications sur le sujet.

L'introduction de l'ouvrage (A. Beauchamp) rappelle les grandes lignes du questionnement soumis aux auteurs: quels sont les effectifs des serviteurs des princes, et des courtisans? Quelles sont les modalités d'adaptation de leur nombre aux contingences domestiques, politiques ou financières des règnes? Quel rôle tient l'ampleur de son entourage dans l'appréciation d'un prince?

Les contributions sont organisées en deux parties; la première regroupe les études portant sur ce dernier point, c'est-à-dire les perceptions médiévales de l'extension numérique des cours. Jörg Peltzer traite de la question dans le contexte de l'Empire germanique du XIIe au XVIe siècle, en se fondant sur les chroniques et l'historiographie officielle. Jana Fantysová-Matějková s'appuie elle aussi sur les représentations fournies par la chronique de Pierre de Zittau pour étudier comment il appréhende la cour du roi et duc de Luxembourg Jean de Bohême (1310-1346) dans

ses diverses configurations (*universa curia, curia cottidiana, familia*). Tous deux insistent sur l'importance de la référence au roi Salomon, selon laquelle l'honneur du prince dépendrait de la taille de sa suite, dans la construction de l'appréciation des entourages princiers qu'ils décrivent: *in multitudine populi dignitas regis, et in paucitate plebis ignominia principis* (Proverbes 14:28). Anne Lemonde-Santamaria et Alexandra Beauchamp utilisent, elles, les sources réglementaires du Dauphiné et de la couronne d'Aragon pour aborder la question. Les ordonnances du Dauphiné, mais aussi la première contribution sur l'Empire germanique, font apparaître un usage symbolique des chiffres dans la façon de concevoir l'entourage princier et la hiérarchie de sa suite. Dans les ordonnances de Humbert II, les rations alimentaires, quantifiées en proportion de celle du dauphin, correspondent à la place de chaque personne de son entourage, de façon dégressives régulièrement à mesure que l'on descend dans la hiérarchie sociale de la cour. Dans le cas des ordonnances de Pierre IV d'Aragon comme de Humbert II de Dauphiné, une nette volonté réformatrice préside à l'élaboration des textes, qui, en fixant, et souvent en réduisant le nombre de la suite princière, acquièrent une dimension éthique qui inscrit pleinement ces textes réglementaires dans un projet politique.

La seconde partie de l'ouvrage rassemble des contributions s'attachant à quantifier les entourages princiers à partir de corpus variés, comprenant des sources de la pratique. En étudiant l'origine des conseillers de Marguerite I de Danemark (1375-1412), Raphaëlle Schott éclaire le poids des composantes danoise, suédoise et norvégienne dans le cadre de la genèse de l'Union de Kalmar (1397), dont elle fut la promotrice. Olivier Canteaut cherche à quantifier l'entourage politique des derniers Capétiens, et croise les méthodes (reconstitution des effectifs du conseil, étude des mentions hors teneur, étude des gages des individus formant la Retenue) pour mieux circonscrire le groupe des conseillers des rois de France. Sophie Coussemacker et Francisco de Paula Cañas Gálvez apportent ensuite des éléments précis sur la situation castillane aux XIV^e et XV^e siècles, avec d'une part l'étude d'un rare fragment de comptabilité qui fait apparaître l'importance de la maison militaire du roi, numériquement et stratégiquement, sous le règne de Sanche IV (1284-1295), et d'autre part une étude sur l'évolution de l'hôtel royal sous les Trastamare, jusqu'au règne de Jean II (1406-1454). L'ouvrage s'achève avec deux contributions portant sur la période du règne du roi d'Aragon et de Naples d'Alphonse le Magnanime, María Narbona Cárceles se consacrant à une reconstitution de l'hôtel de son épouse et lieutenant Marie de Castille, tandis que Jorge Saíz Serrano procède par recoupement et croisement de différents types de sources pour saisir la maison royale. Cette démarche fait émerger quatre types de personnel, selon la nature des paiements qu'ils reçoivent, et fait apparaître l'écart entre leur nombre théorique et réel.

Les conclusions, confiées à Philippe Depreux, offrent une mise en perspective avec la taille des cours du Haut Moyen Âge, et un retour utile sur l'ampleur des entourages princiers au XV^e siècle, où se distinguent aux premières places les cours d'Angleterre, de France, de Castille et de Bourgogne.

Les trois contributions consacrées à la cour aragonaise forment un ensemble riche et utile, qui apporte des éléments fondamentaux dans les domaines institutionnel, politique et social. Le dossier castillan, également bien fourni, fait de cet ouvrage un titre incontournable sur les cours ibériques. La grande extension du champ géogra-

phique couvert par les autres articles fournit de très utiles points de comparaison, auxquels il manque peut-être des éléments sur les cours bourguignonne et anglaise, bien qu'Olivier Canteaut s'attache à comparer les effectifs qu'il dégage avec les données de la bibliographie existante. Cet ouvrage apporte la démonstration éclatante que les cours sont adaptables, extensibles ou rétractables, en fonction des circonstances (itinérance, lieutenance, régence etc.) et des besoins politiques et financiers. La présence en fin de volume d'une bibliographie récapitulative des sources et de la littérature scientifique ajoute à l'intérêt de cette belle publication, qui constitue également un outil de travail d'un usage aisé.

ROXANE CHILÀ
Casa de Velázquez

Monique BOURIN, Pascual MARTÍNEZ SOPENA (coords.), *Anthroponymie et migrations dans la Chrétienté médiévale*, Madrid, Casa de Velázquez, 2010, XXVI + 406 pp. (Collection de la Casa de Velázquez; 116). ISBN 978-84-96820-33-3.

Esta obra colectiva es densa y ambiciosa. Si bien en su título se limita a yuxtaponer antroponimia y migración, en realidad el conjunto pone su empeño en contrastar la pertinencia de los métodos de análisis fundados en la primera con toda una serie de casos de estudio relativos a los movimientos de población. La cronología es amplia, desde época carolingia hasta el final de la Edad Media. También lo es el espacio geográfico contemplado: además de la Península Ibérica, de la que se ocupan siete de las quince contribuciones, están representados el ámbito central del Imperio carolingio, Normandía, Inglaterra, el Midi francés, Hungría y el Reino Latino de Jerusalén. Lógicamente, el abanico de fuentes objeto de estudio es igualmente extenso: desde polípticos y hagiografías hasta monedajes y tallas, pasando por diplomas y cartularios.

El riesgo de la empresa es evidente y los coordinadores de la obra han sido conscientes de ello. Se aprecian –y se agradecen– diversas estrategias destinadas a ensamblar un armazón coherente: precede a los quince estudios una introducción general de Monique Bourin y Pascal Chareille que sitúa el sentido de esta obra en la intersección de los campos de estudio de la antroponimia y de los movimientos de población. Las contribuciones se ordenan en tres partes clásicas (Alta, Plena y Baja Edad Media), cada una de las cuales tiene tanto una introducción específica que fija la problemática como una orientación particular: los movimientos de gentes en las fuentes altomedievales, los contactos interculturales en los siglos XI al XIII y la lectura espacial de los corpus antroponímicos al final de la Edad Media. De este modo facilitan el diálogo entre los horizontes geográficos distintos que componen cada parte. Puede observarse también un esfuerzo para que determinados problemas de método sean transversales a los casos de estudio: tal cosa se hace particularmente patente en la participación de Pascal Chareille, especialista en métodos cuantitativos aplicados a la Historia, en tres contribuciones de cronologías diversas, y se percibe de forma general en el modo en que los distintos autores retoman ciertas cuestiones problemáticas, como por ejemplo la del sentido de los nombres con un componente toponímico. En conjunto, el resultado está a la altura del desafío. El libro es mucho más que una mera colección

de estudios, y no es el menor de sus valores el hecho de exponer honestamente los límites del método con la misma intensidad que los logros. Sin duda, no es ajeno a todo esto el que tanto los coordinadores como varios de los autores acumulen una larga experiencia de trabajo conjunto en el fecundo proyecto *Genèse médiévale de l'anthroponymie moderne*.

La parte altomedieval se divide en dos ámbitos, el carolingio y el hispánico, en cada uno de los cuales se establece un diálogo entre un tratamiento clásico, pero afinado, de las fuentes y una aproximación estadística. Es lo que propone el artículo de Jean-Pierre Devroey sobre la movilidad de la población del gran dominio en combinación con el análisis del políptico de Irminon realizado por Pascal Chareille y Pierre Darlu. Todo lo cual se completa con el método prosopográfico aplicado a las fuentes monásticas carolingias por Walter Kettemann. En el segundo ámbito, las contribuciones de Carlos Reglero y David Peterson se ocupan de sendos problemas clásicos, la inmigración mozárabe y la vasca, afinando notablemente las herramientas tradicionales. El primero precisa la distribución geográfica y las vías de difusión de la antroponimia de raíz árabe; el segundo distingue áreas onomásticas bien diferenciadas ya en la tierra de origen. Con ellos, el largo artículo de Lluís To Figueras, Monique Bourin y Pascal Chareille se ofrece como piedra de toque en la medida en que muestra algunos de los resultados –a veces fascinantes, a veces más grises de lo esperado– de aplicar el método estadístico a la ingente masa de antropónimos contenidos en la documentación catalana de los siglos IX y X.

La sección dedicada a la Plena Edad Media centra el foco sobre los “occidentales agresivos” y se concreta en varios espacios geográficos. En la Península Ibérica, Pascual Martínez Sopena y Enric Guinot trabajan sobre listas de población. Martínez Sopena mide la presencia franca en una geografía amplia que va más allá de los burgos clásicos del Camino de Santiago y Guinot compara el stock onomástico y la estructura antroponímica de los repobladores de Valencia con los de sus dos ámbitos de origen, Cataluña y Aragón. En otro espacio de conquista, pero más al norte, Katharine S.B. Keats-Rohan sigue la evolución de los usos antroponímicos en Inglaterra durante las tres generaciones que siguen a la conquista normanda, a partir de un gigantesco corpus. En el culmen de la “agresividad occidental”, Iris Shagrir estudia también sobre un corpus exhaustivo los usos de la población latina y católica del reino de Jerusalén, y en particular el sentido de una preferencia marcada por los apodos con indicación de origen geográfico. Finalmente, Nora Berend muestra el uso distintivo de los nombres en la construcción de la memoria de las familias nobles descendientes de caballeros sobre todo alemanes, pero también francos, italianos y aun aragoneses que se asentaron en Hungría antes del siglo XIII.

La Baja Edad Media se preocupa por los problemas de método en el tratamiento de corpus muy vastos, compactos y extendidos a al menos dos generaciones. La enorme masa de información contenida en las listas del monedaje de Normandía sirve de base a Denise Angers y Pascal Chareille para mostrar algunas posibilidades de un método basado en el análisis de las variaciones de frecuencias de patronímicos entre diversos espacios y tiempos, previa lematización e identificación de individuos. Al sur del reino, en Rouergue, Juliette Dumasy se sirve de la circulación de los patronímicos a través de los registros de talla para estudiar la movilidad entre las casas y en particular el notable papel de los segundones en un país con régimen de heredero

universal. De este lado del Pirineo, en el Bajo Aragón, Carlos Laliena estudia los nombres con un componente toponímico en el monedaje de 1397 y el fogaje de 1495 para establecer tanto las corrientes generales de inmigración tras las grandes crisis demográficas como las diferentes dinámicas del medio urbano y del medio rural. Cierra la lista de estudios específicos Isabel María Madureira Franco, con una presentación general de las prácticas antroponímicas, relativamente conservadoras, en Oporto en el siglo XIV, y con un interés particular por el significado en términos individuales y comunitarios de los componentes toponímicos.

Los quince estudios están precedidos de un largo prefacio del lingüista François Jacquesson, que es en sí mismo una contribución más sobre la función del nombre de persona en los relatos en que se reconoce una sociedad, o parte de la misma, y van seguidos de un denso y penetrante balance de Patrick Geary. A lo que sigue una bibliografía que agrupa cómodamente la de todos los autores del volumen. El resultado es a la vez una obra de referencia para la antroponimia como clave de lectura de las sociedades medievales y un muestreo de algunas líneas de investigación punteras en el medievalismo actual.

JUAN JOSÉ LARREA
Universidad del País Vasco

Stefano M. CINGOLANI, *Diplomatari de Pere el Gran. 1. Cartes i pergamins (1258-1285)*, Barcelona, Fundació Noguera - Lleida, Pagès, 2011, 713 pp. (Col·lecció diplomataris; 62). ISBN 978-84-9975-135-1.

L'actiu catalanòfil Stefano M. Cingolani, que ja ens ha ofert una monografia sobre *Pere el Gran. Vida, actes i paraula*, Barcelona 2010, ens presenta ara una voluminosa col·lecció documental entorn de la figura de l'esmentat sobirà, *Diplomatari de Pere el Gran. 1. Cartes i pergamins (1258-1285)*, Barcelona 2011, dins les publicacions de la meritòria Fundació Noguera. Es tracta d'un aplec de 462 documents (si la inclusió de diversos bis no em fa errar en el recompte), en bona part inèdits, precedits encara d'un apèndix a la introducció amb quatre textos més. Ni cal dir que aquest recull esdevindrà des d'aquest precís moment punt de referència obligat per conèixer millor no sols la figura del rei Pere sinó el context històric de la seva època.

L'obra s'enceta amb una breu, però essencial introducció, on ja el mateix Cingolani assenyala els punts forts de la seva aportació, que es posa molt dignament a la cua d'estudis substancials anteriors, en particular els deguts a Ferran Soldevila, amb els seus *Pere el Gran*, 2 vols., Barcelona 1950-1962, i *Vida de Pere el Gran i d'Alfons el Liberal*, Barcelona 1963. Perquè ni cal dir que disposar en un sol volum de bona part d'una documentació que il·lustra fins al mínim detall els aspectes més significatius de l'administració pública (i privada) d'un regnat, és d'una utilitat màxima. Més, quan, com en el present cas, els diplomes recollits ens informen dels més variats aspectes, que van des de la infància del futur monarca fins al seu traspàs. Disposem, per tant, des d'ara de les bases documentals per conèixer millor un capítol important de la història del nostre país. Les primeres paraules, doncs, no poden ser sinó d'agraïment per l'important treball dut a terme per Cingolani.

D'altra banda, un diplomatarí ampli no deixa de constituir sempre un conjunt de petits diplomataris. I el que ens ocupa no n'és una excepció, característica que permet, així mateix, de tenir un coneixement més complet també de la vida i activitats d'altres personatges; normalment, de personalitats de nota, alguns del mateix *entourage* reial i, per tant, de pròcers que també tingueren una importància significativa en el desenvolupament dels principals esdeveniments socials i polítics de l'època. Basti esmentar Sibil·la, comtessa d'Empúries i vescomtessa de Bas; Roger Bernat, comte de Foix i vescomte de Castellbò; Ponç Hug IV i V, comtes d'Empúries; Arnau Roger, comte de Pallars; el vescomte de Bearn, Gastó; Ramon, vescomte de Vilamur; Sança, vescomtessa de Cabrera; Udalard, vescomte de Bas.

Desfilen també per les nostres pàgines oficials reials, com els importants jueus Astruc i Mossè Ravaia; el veguer de Barcelona i batlle de Cervera Ferrer Mallol, o Bernat Escrivà. No hi manquen eclesiàstics de relleu, com l'abat de Sant Feliu de Girona, sagristà de Girona i futur bisbe de València, Jaspert de Botonac, que ja apareix com a bisbe electe el 22 de maig de 1277 (doc. 82); l'abat de Sant Joan de les Abadesses, Berenguer; mestres i comandors del Temple i de l'Hospital, o el canonge de Girona Ponç d'Urtx.

Són abundantment testimoniats nobles com els Anglesola; Berenguer de Puigverd; Dalmau de Palol; Blasco Eiximèn d'Aierbe, preceptor de l'infant Alfons; Blasco Pérez d'Azlor, mentor de l'infant Jaume; Guillem de Canet; Guillem Ramon de Josa; Ramon de Guàrdia i el seu fill Ponç; Ramon d'Orcau; Ramon de Montcada; Ramon de Pinell; Ramonet de Cardona; Ruy Eiximèn de Luna; Blanca de Creixell, i Giovanne da Procida.

Hom documenta l'activitat de jurisperits de primer ordre, com Bernat de Prat de Besalú, Bernat de Vic, Jaume de Bianya, l'ardiaca Ramon de Besalú, Ramon de Tullà, i s'esmenten tres professors de lleis: un Albertí (doc. 161), un Arnau de Torre (doc. 166), aquest també conseller del rei (doc. 169), i un Galceran de Vilanova (doc. 4, ap.).

Entre altres personatges del món de la cultura, hom pot citar Dalmau de Requesens, xantre de Girona (doc. 26; doc. 41); Jaume d'Alboredes, xantre de Sant Feliu de Girona (doc. 70); Guillem de Miravalls, xantre de Mallorca (doc. 201). Fins i tot hom testimonia Ramon Llull, present, pel que sembla, a Mallorca el 10 de desembre de 1279 (docs. 201 i 202), però, aparentment, ja no el 18 de febrer de 1280 (docs. 209 i 210); també surten testimoniats Guillem Llull i Arnau Llull (doc. 16). I no hi manquen Arnau de Vilanova, a qui l'infant Pere confirmà la donació que el seu pare, el rei Pere, li havia fet del castell d'Ollers (doc. 435), i sant Ramon de Penyafort (doc. 16).

Atès l'origen de la documentació no sobta de trobar-hi una rica disparitat tipològica, amb diversos tractats i convinences del major interès històric, i una notable representació de judicis.

En definitiva, com s'esdevé en tot diplomatarí, una munió d'interessos podran trobar colmades les aspiracions més diverses. Les meves se centren bàsicament en la història de la cultura escrita a partir de les aproximacions que permeten la Filologia, la Codicologia i la Paleografia de manera especial, per la qual cosa, si se'm permet, faré alguns comentaris sota aquest punt de vista i algunes reflexions en veu alta, si més no, per a mi mateix.

De nou haig d'al·ludir en primer lloc als criteris d'edició (o a la manca d'uns criteris consensuats previ un procés de reflexió i de discussió entre els especialistes).

Repassem els distints apartats d'un diplomatarí. Tota col·lecció documental ve sempre precedida de la reducció a cronologia actual de l'antiga. No insistiré sobre les dificultats encara irresoltes del procediment que comunament hom fa servir per a aquest càlcul; m'hi he referit a bastament. En la present ocasió, però, vull fer notar l'interès que té l'observació inclosa en el doc. 331, del 30 de desembre de 1282, expedit a Reggio Calàbria, quan l'escrivà explica:

Et licet data tam predictarum ipsius regis Petri et nostrarum quam eciam presentium et aliarum pro parte ipsius regis Petri presentibus consimilium litterarum uideatur in annis Domini discordare, eo quod earundem litterarum nostrarum data facta est secundum Romane Ecclesie totiusque fere Italie regnique nostri Sicilie consuetudinem generalem anno Domini M^oCC^oLXXXIII^o currente, et earundem litterarum regis Petri data facta est anno Domini millesimo ducentesimo octuagesimo secundo secundum consuetudinem regni Aragonum et quam plurimum aliarum partium ultramontanarum, horum annorum descriptione diuersa, scilicet, octogesimi tertii et octogesimi secundi, quamquam secundum diuersitatem regionum in positione ac uocabulo discordante, uno tamen et eodem in existentia permanente, nullum tamen propter hoc aliquibus dubium generetur, sed sit firma singulis certitudo quod tam predicte de potestate ipsius duodecim tradita ipsius regis Petri et nostre, quam presentes et ipsius regis Petri hiis consimiles et correspondentes littere, fuerunt uno et eodem anno, mense, die et indicione confecte (doc. 331).

Els documents del rei Pere, com és normal, acostumen a estar assenyalats amb data tòpica, cosa que permet de resseguir els seus itineraris. Normalment Cingolani recull aquest detall en la datació moderna, però per motius ignorats deixa de fer-ho en algunes ocasions, com en el doc. 101, tramitat a València; el doc. 226, a Osca; el doc. 236, a Estremoz; el doc. 435, a Barcelona. O no és suficientment precis altres vegades, com en els docs. 2, 3 o 30, on s'indica la ciutat d'expedició, Barcelona, però no el lloc concret, el palau reial; o com el doc. 260 escrit al palau episcopal de Lleida, o el doc. 436 fet a l'església dels framenors de Tortosa. El doc. 97, del 21 d'agost de 1277, fou despatxat durant el setge de Montesa; el doc. 214, del 7 de juny de 1280, durant el setge de Balaguer, i el doc. 397, del 30 de juny de 1284, durant el setge d'Albarrasí.

Per què, d'altra banda, ometre l'utilíssima indicació del dia de la setmana en què queia la data, quan aquesta informació consta al cronograma? El 21 d'octubre de 1269 s'esdevingué en dilluns (doc. 16); el 15 de novembre de 1276, en diumenge (i l'acte de coronació reial se celebrà al matí a l'església de Sant Salvador de Saragossa) (doc. 67); també s'escaigué en diumenge el 4 de març de 1277 (doc. 73) i el 14 de juliol de 1280 (doc. 220). El 27 de març de 1281 era dijous (doc. 245); el 14 d'agost de 1281, dimecres (doc. 259); el 31 de juliol de 1282, dissabte (doc. 297) i el 25 de setembre de 1285, dimarts (doc. 455).

Cal fer notar, d'altra banda, que el doc. 207 és datat per l'any de la Nativitat, per la qual cosa semblaria del 2 de febrer de 1279 i no de 1280, i que el doc. 380 sembla del 10 de febrer i no pas del 2.

Dels regestos, el lector n'espera el resum substancial del contingut del diploma. Certament s'ha de ser parc en el redactat, però mai fins al punt d'ometre aspectes essencials de l'acció jurídica posada per escrit. I aquí és on potser Cingolani

s'ha manifestat massa estalviador. Fins al punt que, alguna vegada, aquesta manera de procedir el duu a la inexactitud. Així, en el doc. 2, en el qual es recullen els pactes matrimonials entre l'infant Pere i Constança, filla del rei Manfred de Sicília, se'ns diu que el matrimoni "s'ha de celebrar l'1 de maig vinent", però, en el text original, hi llegim que hom acordà *quod dictum matrimonium complebitur... hinc* (28 de juliol de 1260) *usque ad primam diem proximi mensis may*, és a dir, que s'havia de celebrar abans del proper 1 de maig.

En altres casos, sense arribar a l'error, no diu tota la veritat. Quan l'1 de juny de 1268 el cavaller Ramon de Paó vengué a l'infant Pere les seves possessions a la parròquia de Sant Pere de Figueres (doc. 12), n'exclougué algunes (*retineo etiam michi et excipio de dicta uendicione quandam feminam meam nomine Borrellam, que moratur apud Petramlatam*) i salvà alguns drets (*saluo iure Mascarosii de Ortali, per quem teneo ad feudum duos campos uocatos de Regs, et quoddam ospicium quod fuit Bernardi de Figeriis, et mansatam Petri Analec, et mansatam d'en Figeres Momir, que tenentur ad feudum pro dicto Mascarosio de Ortali*). L'infant Pere, el 22 d'abril de 1275, de Barbastre estant, concedí a Ponç de Gualba el castell de Montnegre pel preu de 18.000 sous de Barcelona (doc. 36); però aquests eren de moneda de tern. Quan l'infant Pere comprà a Bertran de Calassanç, a Lleida, un cavall de pèl bru, el 3 d'agost de 1275, li costà 1.500 sous jaquesos; però es comprometé a pagar-los-hi el proper Nadal (doc. 37). No es diu en un altre regest que en la definició que féu Astruc Ravaia, batlle de l'infant Pere, en nom d'aquest de qualsevol acció legal, en quedaren específicament exclosos els homicidis i les invasions d'esglésies si es feren sense causa de guerra: *Ab hac autem diffinitione et remissione excipio et excludo homicidia et inuasiones ecclesiarum, si qua per uos uel aliquem uestrum facta fuerunt sine guerra* (doc. 53).

Per mor d'exactitud, també cal observar que, les 400 dobles d'or de Castella esmentades al regest són, d'acord amb el text, 440, no 400 (doc. 87); o que Elisén no era germana de Sibil·la, sinó cunyada (doc. 185). En el regest del doc. 137, trobaria més exacte dir "a més" en comptes de "a canvi". I en el regest del doc. 455, en lloc d'explicar que Sibil·la era "ja esposa del difunt Camí de Peramola", potser hom podria precisar que era "vídua de Camí de Peramola i actual esposa del cavaller Guillem de Puig".

Però en alguna avinentesa hom diria que el sentit del text ha estat mal capit. Quan el 19 de juliol de 1276 el sagristà de Girona i futur bisbe de València, Jaspert de Botonac, i el canonge de la mateixa seu, Ponç d'Urtx, es comprometeren a donar guiatge a Blanca de Creixell, és a dir, a escortar-la, a ella i al seu seguici, en el seu desplaçament per anar a cobrar 20.000 sous melgoresos i en el seu retorn a lloc segur amb la predita quantitat, obtinguda per la venda que féu dels castells de Pontós i de Creixell, són ells, els dos canonges, i no pas l'infant Pere, els que prometeren no restituir al predit infant les penyores que ells tenien dipositades en garantia fins que Blanca no hagués tornat a la seva llar sana i estàlvia amb la integritat dels diners. És més, si ella no arribava a cobrar els referits diners, ells s'obligaven a portar les penyores a Amer escortats per Guillem Galceran o algú altre "cum militibus armatis" (doc. 50).

No em sembla correctament comprès tampoc el doc. 226. El rei Pere no concedí a Ramon de Prenafeta l'estany del castell de Lleida, sinó l'estança "dum nobis placuerit".

També em sembla mal interpretat el doc. 83. Crec que el que s'hi diu és que el veguer del rei al Vallès, Pere Basset, renuncià a tota acció legal contra Pere Gavarra no pas per haver ajudat aquest a Albert de Sarrià, sinó precisament per haver-li causat, a ell i a alguns dels seus homes, diversos danys: al mateix Albert de Sarrià, li havia pres un bou, un altre al seu home Guillem de Feu i un cabrit a Berenguera Rossella, entre altres greuges.

Tot i que el mot “bandit” sembla relacionar-se etimològicament amb el fràncic ‘bann’, terme d'ampli ús medieval en la seva forma llatinitzada “bannus”, amb els significats d' “ordre comminatori” o “sanció (per incomplir-la)”, no crec que traduir “banniti” per “bandits” sigui el més exacte en la frase “qui fuerant banniti pro nobis” (doc. 78). Diria que el seu significat està més proper aquí al de “sancionats” o, fins i tot, “proscrits”, per referir-se, sens dubte, a unes persones que havien infringit un ban o mandat de l'autoritat.

Pel mateix motiu precisaria també la traducció de “bandedjats” del regest del doc. 278, referida a uns “banniti”, que havien rebut aliment d'Arnau de Serra de Gavarret i dels seus germans. Recordem a aquest respecte que el mateix Pere, encara infant, en la cessió que féu del castell de Montnegre a Ponç de Gualba estipulà ben clarament la següent clàusula: *Item quod uos uel heredes aut successores uestri in dicto castro uel terminis suis, non recipiatis bannitos, depredatores nec aliquos malefactores uel culpabiles nobis. Immo incontinenti cum sciueritis eos esse infra terminos dicti castri, teneamini eos perquirere et facere (in?) posse uestrum absque aliqua fraude ad capiendum eos; et si potestis capere, tradere nobis uel uicario nostro Barchinone* (doc. 36).

En tractar dels regestos –i dels índexs– un hom no pot ometre alguna consideració al criteri de l'adaptació al català actual dels antropònims i topònims, i, en el diplomàtic que ens ocupa, alguna vegada la traducció dels noms propis no sembla del tot encertada. Diria que Burd Ferrer és Bord Ferrer (doc. 64); Pere de Quadre, Pere de Quadres (doc. 64); Bernat de Lletó, Bernat de Lledó (doc. 82); Zareal, Sarreal (doc. 84); Berenguer de Manso, Berenguer de Mas (docs. 453 i 455); Guillem de Canellis, Guillem de Canelles (doc. 459). Potser seria millor Renall que no pas Rinald (doc. 123), Gilabert de Fàbrega que no pas Gilabert de Fàbrica (doc. 187), Ferrer Maiol abans que Ferrer Mayol (doc. 203), per bé que, sens dubte, és preferible Ferrer Mallol, del llatí “Malleolum”, tal com apareix més endavant (doc. 310). Sembla incongruent de traduir “Arnau de Bellsost, batlle de Bossost”, quan el text diu “Arnaldo de Belsost, habitatori de Belsost, baiulia de Belsost” (doc. 125). “Raimundus de Toyllano”, traduït constantment als regestos Ramon de Taialà (doc. 335 i *passim*), sembla, en realitat, Ramon de Tollà o Tullà, tal com altrament prova el doc. 428, redactat en català, on s'hi llegeix “Ramon Toylla”.

Ocasionalment el nom no sembla ben entès i es deixa en llatí. L'Esteve de “Querchu” dels índexs és evidentment Esteve d'Alzina. Al segle XIII era freqüent la llatinització del cognom també i, per això, no s'han de fer dos personatges distints de Bernat de Roca i Bernat de “Rupe”, ni tampoc de Guillem d'Abella i de Guillem de “Ape”, els quals apareixen diferenciats als índexs. També diria que era una mateixa persona Ramon Març i Ramon March, que jo entenc Marc. En aquest apartat també convindria unificar els Guillem Ros i l'Ermengart dels regestos amb els Guillem Roig i l'Ermengarda dels índexs; i clarificar per què als regestos surt gairebé sempre Mon-

talbà i als índexs Montblanc. Jaume d'“Alboritis”, en fi, penso que es pot interpretar Jaume d'Alboredes i Duran de “Pirario”, Duran de Perer.

En el capítol de curiositats dels noms propis, podem assenyalar que un jutge de la cúria de Montpeller, el 1263, tenia el nom de Guiu Capdeporc (doc. 8); que un Bernat, que era saig, es deia de cognom Braguerut (doc. 77). També documentem un Dalmau Honrat (doc. 141), un Dolcet Pellicer i un Pere de Matavaques (doc. 144), un Amor de Dionís (doc. 196), un Castelló Ponç de Malferit (doc. 198), un Pere Maleit (doc. 220), un Nicolau Salvatge (doc. 278), un Guillem Orelles (doc. 296), un Bernat Embriac (doc. 361), un Guillem Paiví (doc. 364), un Guillem Eixerit (doc. 364), un Ramon Jugador i un Bernat de Bonpàs (doc. 381), un Eunuc de Jaserà (Lacera?) (doc. 390), un Pere Nicolau de Capdefonts (doc. 421), un Ferrer Estornell (doc. 436), i un Arnau i un Pere Cabrit (doc. 440).

La vídua de Bernat de Sant Daniel es deia Tolosa (doc. 19); l'esposa de Guillem Bany d'Armentera, Girona (doc. 69). També apareix un Narbonès Sastre (doc. 160) i un Besalú Burgès (doc. 286).

Pel que fa als topònims, esmentem que una població aragonesa es deia Triste al costat d'una altra anomenada Rompesacos (doc. 46). Més poètic és el topònim que acompanya el nom de Pere de Roca de Bellvespre (doc. 274), que més endavant és anomenat Pere de Ribes de Bellver (doc. 332), i se'n fa dues persones diferents amb sengles entrades als índexs.

Continuant amb els noms propis, fa de mal dir si algun suposat cognom no és, en realitat, un simple nom comú, indicador d'un càrrec o ofici. Així no sé si “Raimundus Precentor” no ha de ser “Raimundus, precentor” (doc. 12); si “Raimundus Iaufredi Piscatori” no correspon a “Raimundus Iaufredi, piscator” (doc. 19); si “Marchus Pictor iunior” no és “Marchus, pictor” (doc. 115); si “Guilelmus Pintor” no és “Guilelmus, pintor” (doc. 436). També diria que “Petrus Clericus de Campis, rector ecclesie de Presiis, publicus notarius de Basso” correspon a “Petrus, clericus de Campis” (doc. 212), i que, almenys en el document ara adduït, “Bernardus Scriptor” ha de ser “Bernardus, scriptor” (doc. 334). I és que no ha de passar per alt que “precentor, pictor, pintor, clericus i scriptor” (“piscatori” sembla mal transcrit), van en nominatiu i no en genitiu com caldria esperar d'un cognom.

Pel que respecta a l'aparat heurístic, és de lamentar la seva eixutesa. L'editor no indica si els diplomes són originals o còpies, i s'ometen, massa sovint, les referències a edicions anteriors.

En canvi, es nota –i és molt de lloar– la decidida voluntat de presentar els textos ben editats. Per això sobta que, per una malentesa voluntat de fidelitat, l'autor hagi optat per presentar en el cos del text aquelles parts que han estat cancel·lades. Bastaria remetre aquestes en nota a peu del document. Ja prou complicat és de llegir uns textos sovint paraliteraris, per afegir-hi la dificultat visual d'unes equivocacions que el mateix escriptor va observar i va cancel·lar pels mitjans que ell tenia a l'abast. Vegeu, per exemple, els docs. 19bis i 52, més en aquest darrer cas –i altres– on ja el mateix escriptor indica després de la seva signatura el text suprimit. No crec tampoc que s'hagi de deixar en el text principal les diplografies, que també poden ser perfectament remeses en nota a peu de text i agilitzar, així, la lectura d'aquest (doc. 185 i *passim*).

Una de les constatacions que salten immediatament a la vista en el present recull diplomàtic és que la llatinitat dels textos és millor que la mitjana d'altres de

contemporanis, cosa ben explicable si tenim en compte que es tracta d'uns escrits redactats en bona part a la cancelleria reial. A més s'ha de tenir present que, al segle XIII, amb totes les excepcions que hom vulgui, el nivell de domini del llatí per part de notaris i escriptors va millorar força respecte del conjunt dels escriptors de les èpoques anteriors de l'alta edat mitjana. D'aquí la conveniència, encara més inexcusable que en altres casos, de presentar uns textos nets i d'aquí també que algunes lectures ens deixin en el dubte de la seva fidelitat. Aquest és el cas, per exemple, de "a predicto pater noster" (doc. 6); "damus... quindecim milibus quingentis solidis melguriensis", "omnes aliis supradicti" (doc. 21).

No sé, d'altra banda, si "nomine <nomine>" no s'ha d'interpretar "nomine nostro" (doc. 24); si "uenerabilibus patris" no és "uenerabilibus patribus" (doc. 29). També proposaria esmenar "[cum] com[e]s [P]alari[e]nsis]" per "cum comite Palarisiensi", "rationem" per "ratione", "situs paratus" per "sitis paratus" (doc. 34 bis), "inter dictum Poncium et Petro de Sancto Clemente" per "et Petrum de Sancto Clemente" (doc. 35), "Poncium de Urgio, canonicum Gerundensis" per "canonicum Gerundensem" o "Iazpertus de Botenaco, Gerundensi sacrista" per "Gerundensis sacrista" (doc. 50). De fet, diria que gairebé mai no es resol bé l'abreviatura dels gentilicis. Vegeu, per exemple, "uobis... Iosperto de Bothonaco, Gerundensis sacriste", "presentibus ... Raimundo de Caselle, ciue Gerundensis", "Gerundensis canonico", "de capitulo Gerundensis" (doc. 51); "canonico Vicensis" (doc. 52); "pro se et ecclesia Vicensis" (doc. 64).

També em semblen esmenables les lectures "Causam que uertitur uel uerti speratur inter uicario uille Regalis" per "inter uicarium", "pro paucis et treuguis" per "pro pacibus" (doc. 52); "nomini eiusdem" per "nomine" (doc. 53); "Presentibus testibus Ffortunius, Tirasonensis episcopus, Petrus, episcopo Sancte Marie de Albaracino" per "Ffortunio, Tirasonense episcopo, Petro" (doc. 67); "aliqua excusationem" per "aliquam", "de Guilelmi" per "de Guilelmo", "cum Bernardum" per "cum Bernardo", "ad tria milia D solidis" per "solidos"; no acabo d'entendre, en el mateix document, "ad et mi" (doc. 77); "inclite recordationis regi Aragonum" per "regis", "mercatores comuni et manifesti" per "comunes", "ad terminis nostri regnis" per "ad terminos (o terminum) nostri regni" (doc. 91); "recipienti nomen predictorum" per "nomine" (doc. 92); "fuimus requisiti" per "fuerimus requisiti" (doc. 94); "de tis domino rege" per "regi" (doc. 98); "retinatis" per "retineatis", "omnes alios" per "alii" (doc. 105); "sub conditionis" per "sub conditionibus" (doc. 107); "solidos" per "solidorum" (doc. 109); "pro mille solidos" per "solidis" (doc. 117); "compelle" per "compellere" (doc. 138); "marcharum" per "marchas" (doc. 147); "dictis causis" per "dictas causas" (doc. 168); "aliquis alius locum tenentem domini regis" per "tenens", "renuncians illi legis" per "legi" (doc. 189); "en sinsuper" per "et insuper" (doc. 211); "ad sonum et cornu" per "ex cornu" (doc. 212); "morte peruentus" per "preuentus" (doc. 222); "alisque ullo ualore" per "absque" (doc. 241); "[Qua quidem] castlaniam" per "[Quam quidem]" (doc. 308); "rustici uero uel familia forum" per "eorum" (doc. 367); "Que[m q]uidem sententia" per "Que [q]uidem sententia", "nolebant procederunt" per "procedere" (doc. 387, un document molt interessant, textualment força més revisable); "uocato iusticie Valencie" per "iusticia" (doc. 391); "interfecti fuerunt Guilelmus et Berengarius Sancii, filiorum Sancii de Durban" per "filii" (doc. 403); "ecclesia Minorise ... nec habuit nec consueuit habere scribaniam uicarie, set uicarius tamen" per "sed uicarium tantum" (doc. 428); "cum omni reuerentia et

honorem” per “honore”, “litteris nuper animo gratulanti recepimus” per “litteras” (doc. 459); “dimittimus ... reg[e A]ragonum” per “reg[i]”, “mixtas et quaslibet aliis” per “alias”, “cum cru[ce] ma]gna[m]” per “cum cru[ce] ma]gna”, “unam yconiam siue ymagi[ne]” per “ymagi[nem]” (doc. 4, ap.).

Em quedo en el dubte de si “Arnaldi de Ganet” no és “Arnaldi de Gauet” (doc. 148); de si “Michael Griçol, publicus Ilerdensis notarius” no és “Michael Gaçol” (doc. 172), o de si “Raimundum de Toires” no és “Raimundum de Torres” (doc. 297), i si “Mererata” no s’ha d’esmenar per “Meserata” (doc. 112). Però asseguraria que “Bernardus Menciguerra” és “Menaguerra” (doc. 218), i també creuria que “Queix” és “Oueix”, que “Biusa” és “Buirra”, que “Ciruia” és “Tiruia” i que “Crestuy” és “Arestuy” (doc. 254). Semblantment faria del Gavaret del regest, Gavaret (doc. 278), i no sé si “Turrana” no és “Tiurana” (doc. 363).

Notem en aquest apartat que els documents originals ens ensenyen la manera correcta d’escriure Terraça (doc.416) o Palamors (doc. 106).

L’ús que fa l’editor de majúscules i minúscules no sempre és clar –ja hem vist la problemàtica d’alguns suposats cognoms–, però diria que “ultra portus” ha de ser “ultra Portus” (doc. 13), i incloure’l, per tant, als índexs, on no sé veure esmentat el riu “Claro Undaris”, transcrit, d’altra banda, “riuo claro Undaris” (doc. 19); no hi surten tampoc el “comes d’Andony” (doc. 119), ni el “terme d’Aynna” (doc. 129), entre alguna altra petita mancança.

Per què, d’altra banda, unes vegades escriure “Gerundensis” (docs. 26 o 40) i altres “gerundensis” dins un mateix document (doc. 40), com succeeix també per al cas de “Riuipullensis/riuipullensis” (doc. 223)? Per què “in palacio domini regis” (doc. 2 i 3) i “in Palacio Barchinone” (doc. 30)? Per què, en el mateix text, “malgurensis” (*recte* malgurenses) i “uicario Gerundense” (*recte* Gerundensi) (doc. 69)? Quin criteri fa escriure una vegada “Michael barbitonssoris” (doc. 98) i una altra “Guilelmus Barbitonsoris” (doc. 112)?

En una documentació on, ben encertadament ara, s’introdueixen comes i no punts entre els signataris, quan així ho requereix la sintaxi, no s’entén per què s’escriu “Signum” amb majúscula i no “signum” amb minúscula, tal com pertoca (doc. 119 i passim). El mateix hom podria dir segurament de la transcripció “Ego Talis dono Tibi Tali” (doc. 377).

Algunes incongruències internes, d’altra banda, ben difícils d’evitar en una edició de textos tan extensa, ens les mostra també el criteri d’ús de la puntuació. Així, per limitar-me sols a un parell d’exemples, s’escriu “diffinimus uobis, predicto domino infanti” (doc. 21) i immediatament després “promittimus uobis domino infanti” (doc. 22). En una lletra que l’infant Pere adreça al sagristà de Girona (“dilecto sacriste Gerundensi”, no pas “Gerundensis”), s’hi llegeix: “cum receperitis possessionem predictam et homagium hominum predictorum dicta castra, tradatis fideli nostro”; i semblaria millor “homagium hominum predictorum, dicta castra tradatis” (doc. 65). Com més correcte sembla “nullo tempore reuocabimus. Predictam namque ratificationem” que no pas “nullo tempore reuocabimus predictam namque ratificationem” (doc. 112).

L’incís “inquam” no es marca mai. I així trobem: “Vendo inquam premissa omnia” (doc. 72), “Predicatam inquam domum” (doc. 188 i passim). El mateix cal dir de la frase “quod absit” (doc. 331 i passim), que, al doc. 422, redactat en català, apareix perfectament traduïda com “ço que Déus no uuyla”.

No crec que tingui justificació d'escriure determinats mots de manera separada. Com "ex nunc" i "ex tunc", en comptes de "exnunc" i "extunc" (doc. 19), "ab hinc" en lloc de "abhinc" (doc. 43), "ex inde" i no "exinde" (doc. 65), "in antea" i no "inantea" (doc. 80), "aygua lexia" i no "aygualexia" (doc. 141), "ad inuicem" i no "adinuicem" (doc. 147), "in simul" i no "insimul" (doc. 236). També em sembla que cal escriure "adiurandum de calumpnia" i no "ad iurandum" (doc. 259), i "malefactor" i "malefactionem" i no "male factore" i "male faccionem" (doc. 367). També seria partidari d'escriure "imperpetuum" quan el preverbi "in-" ha passat a "im-"; més encara en un cas hipercaracteritzat com "ad im perpetuum", que no sembla admetre altra solució que "ad imperpetuum" (doc. 440). Diria que també és millor "garcifillato" que no pas "garci fillato" (doc. 4, ap.).

Pel contrari em sembla que caldria escriure "terre meritis", no "terremeritis" (doc. 141), i "quam plurimum", no "quamplurimum" (doc. 268).

Per què, d'altra banda, "contrafacere" (doc. 225) i, en canvi, "contra uenire" (doc. 261)? O per què "extra ordinarias" (doc. 239) i immediatament després "extraordinarias" (doc. 240)?

El costum d'escriure anacrònicament com a "v" la "u" consonàntica abans de la reforma de Petrus Ramus i no saber què fer amb la "i" del mateix valor, induïx també el nostre autor a transcriure "iurgiorum", "Iacobus", "iudicis" (doc. 8), o "huius", "iam" i "eius" (doc. 114), però, en canvi, "Sajeura" (doc. 112), "Jerb" o "perjúries" (doc. 262).

Però, en el present diplomatari, no sols trobem els textos redactats en llatí, sinó també en català, occità, aragonès i castellà, el que augmenta el valor lingüístic del diplomatari. Fixem-nos tanmateix només en alguns aspectes lèxics. És sabut que el llenguatge medieval tendeix a l'ús de sinònims, més quan es tracta de textos de naturalesa jurídica, on interessa de deixar ben clara i delimitada l'acció legal recollida per escrit. Aquesta manera de fer ens facilita el coneixement del valor semàntic de determinats mots, que, d'alguna manera, s'expliquen com en les glosses, les quals tampoc no són absents dels nostres textos. Així llegim: "in congeriem frugum, quod uulgo dicitur modoleo siue garbera", "maleficio quod uulgo dicitur tala" (doc. 367, a. 1283).

També veiem com es defineix el concepte "dodarium" com "donatio propter nupcias" (doc. 3, a. 1260) o se'ns precisa el de "familia" en "omnibus de familia uestra, militibus et peditibus terre uestre" (doc. 21, a. 1272); també se'ns explica ben bé el significat de "merces" en "mercibus siue rebus quas emerent uel uenderent seu portarent" (doc. 91, a. 1277), el de "consules siue rectores uille" (doc. 160, a. 1279), el de "manumissores siue executores testamenti" (doc. 208, a. 1280), i el de "rippagium seu leçdam de illis mercibus siue rebus qui discarricantur in portu" (doc. 296, a. 1282).

Mostres més simples de sinònims, però igualment ben interessants, trobem, per exemple, en les següents equivalències: "publicata siue sparsa" (doc. 16, any 1269); "castrum siue fortiam", "dampnum uel malum" (doc. 22, a. 1272); "pignorare uel marchare" (doc. 52, a. 1276); "maestriam siue officium" (doc. 76, a. 1277); "pedagium, portaticum siue leçdam" (doc. 91, a. 1277); "stabilimentum seu atributamentum" (doc. 97, a. 1277); "expensis seu missionibus" (doc. 105, a. 1277); "grauamen siue expensam uel missionem" (doc. 165, a. 1279); "ammouit siue asportauit", "domum siue mansum" (doc. 187, a. 1279); "moueant siue turbent" (doc. 197, a. 1279); "impedimentum uel contrastum" (doc. 200, a. 1279); "salam nostram siue

stadium castrum” (doc. 212, a. 1280); “staticum siue salam castrum” (doc. 223, a. 1280); “questionem seu demandam” (doc. 227, a. 1280); “patuum siue solum terre”, “pedagio siue lezda”, “intelligi siue excogitari” (doc. 237, a. 1280); “manumissorum seu tutorum” (doc. 238, a. 1280); “nuncios siue syndicos” (doc. 265, a. 1281); “hereditatis siue hereditamenti” (doc. 277, a. 1282); “instrumentum siue cartam” (doc. 281, a. 1282); “uniuersitatis seu ciuium”, “procuratoribus seu consulibus uniuersitatis ciuitatis” (doc. 296, a. 1282); “subsidiu seu iuuamen” (doc. 347, a. 1283); “census siue censualia” (doc. 348, a. 1283); “palacio siue castro”, “mandatum seu legationem comissam” (doc. 350, a. 1283); “rupe siue castro”, “tercii siue laudimii” (doc. 353, a. 1283); “arbitrum arbitratorem seu amicabilem comportatorem”, “castro siue rocha”, “dare uel dimittere”, “malefacte uel dampna”, “petitionem siue demandam ciuilem seu criminalem”, “iurisdictionis siue domini” (doc. 354, a. 1283); “questio siue dissenso”, “castrum uel fortitudinem”, “baudatores uel proditores”, “questio uel causa”, “manutenencia uel emparancia”, “remansisse uel esse”, “ualdenses siue ençabata-tos” (doc. 367, a. 1283); “sagiones aut bastonarii”, “correus uel trotarii”, “muros seu clausuras” (doc. 375, a. 1284); “bausia uel traditione”, “ultima uoluntas siue testamentum”, “census siue tributi”, “iurisdictione uel districtu”, “officium uel ministerium” (doc. 377, a. 1284); “uolencias seu excessus” (doc. 378, a. 1284); “captalarios siue nuncios” (doc. 380, a. 1284); “contentio seu questio”, “negocium siue causa”, “predam uel roberiam”, “moneta uel pecunia” (doc. 381, a. 1284); “excomuto siue intercambio”, “intercambio siue excomutacio” (doc. 386, a. 1284); “appellacionem siue protestacionem”, “pauore siue reguar”, “firma iuris siue caucione”, “acceperunt siue ocupauerunt” (doc. 387, a. 1284); “petitione seu postulatione” (doc. 391, a. 1284); “tornorum seu sustentorum” (doc. 399, a. 1284); “rixie siue euasionis” (doc. 403, a. 1284); “encanto seu almoneta publica” (doc. 418, a. 1285); “unitatem seu sacramenta”, “reffundere seu contribuere” (doc. 436, a. 1285); “guerra seu discordia”, “ualenssam uel iuuamen” (doc. 466, a. 1285); “precii siue intrate” (doc. 448, a. 1285); “inuentario seu memoriali”, “cohopertorio siue sobrecop”, “serti siue garlande”, “laboratas seu operatas”, “yconias siue ymagine” (doc. 4, ap., a. 1300). Aquest mateix darrer document, el testament i inventari de la reina Constança, ens explica a què corresponen els “suppellectilia” d’una casa: “matalafia, tapicia, linteamina et panni alii, tam lanei quam linei”.

Hom testimonia alguns mots, com “frontera” en el sentit de “façana”, viu encara en Valencià, en “in frontaria dictarum domorum” (doc. 19, a. 1271). Del que darrerament hom tendeix a anomenar adveració testamental, el privilegi conegut com “Recognouerunt proceres” diu “quod tale testamentum uocetur sacramentale” (doc. 377, a. 1284).

Algunes citacions textuales, com les que hom fa dels “Usatges de Barcelona” en una reclamació del 19 de març de 1274 (doc. 30), –que sens dubte hauria valgut la pena d’indicar– ens procuren unes variants de lectura respecte dels manuscrits conservats que semblen reproduir una citació feta de memòria, prova del bon nivell cultural dels jutges de la cort. Es tracta d’un extret de l’usatge 29. Vet aquí en paral·lel, el text segons l’edició de J. Bastardas, *Usatges de Barcelona*, Barcelona 1984 (B), i segons l’edició de S.M. Cingolani (C):

B

Et si contradictum ei fuerit seruicium ipsius feui, erit ei licitum feuum imparare et tenere in dominio, donec seruicium perditum sit ei in duplo emendatum et bene assecuratum ut amplius non sit ei contradictum

C

Si seruicium quod fieri debet fuerit domino contradictum, quod dominus potest feudum emparare et in suo dominio retinere, tandiu donec dictum seruicium sit ei in dupplo emendatum et bene assecuratum quod amplius non sit ei contradictum

El testament de la reina Constança ens dóna alguns títols de la seva biblioteca, formada per una Bíblia, que llegà al convent dels franciscans d'Osca, i pels següents llibres inventariats: un missal, un gradual –aquests dos “pro magna capella”–, un breuari, tres saltiris, un d'ells amb cobertes de plata, un llegendari, les *Confessions* de sant Agustí, el *Liber scintillarum* de Defensor de Ligugé i un llibre petit amb coberta vermella, però sense identificar (doc. 4, ap.).

Ni cal dir que la documentació aquí arreplegada permet de conèixer millor els costums feudals. Quan l'infant Pere cedí el castell de Montnegre a Ponç de Gualba, s'hi reservà, entre altres drets, el de pau i de guerra, de manera que pogués *de ipso castro et terminis suis, et hominibus eiusdem, facere pacem et guerram contra cunctos homines, et quod uos et heredes et successores uestri in dicto castro nos et heredes et successores nostros in eodem castro, et uicarium Barchinone et exercitum nostrum teneamini, cum maiori parte hominum de termino dicti castri, sequi cum armis per tres uel quattuor leucas extra terminos ipsius castri quandocumque et quocienscumque a nobis uel nostris fueritis requisiti* (doc. 36), on bé es veu que les distàncies de desplaçament per motiu d'ajuda bèl·lica estaven perfectament estipulades.

Certament també resulta de gran interès per a conèixer millor els costums feudals, llegir els detalls tan minuciosos que havien de regir el Desafiament de Bordeus, desafiant que Carles I d'Anjou llançà al nostre rei Pere el 30 de desembre de 1282 (doc. 331).

Un document del 1284 ens informa perfectament de com es feia una guaita: *quod predicti homines castri de Rocha et eorum successores teneantur facere guaytam in dicto castro de Rocha, scilicet, tempore guerre quilibet predictorum et eorum successores perpetuo scilicet unus homo de quolibet manso semel in quolibet mense, et non aliter* (doc. 381).

Interessant resulta també la crida del dijous 17 de gener de 1285, una de les més antigues conegudes, feta pública a Barcelona pel pregoner Guillem de Perera (doc. 448).

Els episodis de violència relatats reflecteixen l'ambient social de l'època. I així ens assabentem que, el 1276, Berenguer, fill de Bernat Borrell –que, dit sigui de passada, no devia dir-se Berenguer Borrell, sinó Berenguer Bernat–, ferí Ramon Ermengol amb el consell i ajut d'Arnau, fill de Ferrer Borrell, i, per tant, possiblement cosí seu (doc. 57). Aquest mateix Ferrer Borrell, entorn de 1257, havia estat víctima del robatori d'un bacó (doc. 78). Ramon de Muntada de Lacera quedà absolt, el 18 d'agost de 1276, de l'acusació d'haver prestat consell i ajut als autors de l'incendi del paller del mas de Dalmau de Matadepera, del vessament del vi i de la des-

trossa del mas (en aquestes accions també prengué part l'esmentat Pere Gavarra); a més també recolzà els malfactors donant-los de menjar i de beure (doc. 59). El 16 d'octubre del mateix any, Pere de Quadres, sotsveguer d'Osona, cità a judici Arnau de Cabrera i altres valedors seus per tenir retingut Pere de Mata i per haver ferit Pere Salvany, ambdós de Vic, i per haver comès molts altres crims en la persona d'altres vigatans, *ex quibus quidam fuerunt uulnerati, quidam mortui, alii detenti in capcione, aliqui etiam redimerunt se a uobis, et rapuistis hominibus ecclesie Vicensis et aliorum locorum religiosorum* (doc. 64).

La documentació ens assabenta, així mateix, de l'assassinat a Barcelona d'un mercader pisà. Es tracta de Guidone Varuendis, a qui després de matar-lo robaren 440 dobles d'or de Castella. Recuperats aquests diners, foren lliurats per uns franciscans al rei Pere. Després se li presentà un altre pisà, Riccuccio de Riccucci per demanar-li aquests diners de part de Guidone Benencase, també pisà i antic soci del difunt. El rei, de primer, com que no semblà als jutges de la seva cúria que les proves aportades per Riccuccio fossin suficients, es negà a tornar-los. Però, en presentar l'esmentat Riccuccio unes lletres testimonials del comú de Pisa i altres proves suficients i legítimes que les predites dobles pertanyien de ple dret a Guidone Benecase, el monarca es comprometé a retornar-les-hi en el termini de dos anys, per la qual cosa féu expedir un document el 30 de juny de 1277 de València estant (doc. 87).

El 23 de març de 1279, el ciutadà de Tortosa Guillem de Vilarnau fou acusat per Arnau Mercer de la mort del seu pare (doc. 178).

Un diploma del 13 de maig de 1279 ens assabenta també de la violació d'Elisén, cunyada de Sibil·la, esposa aquesta de Pere de Vilardell, inculpada per haver donat "fauorem, opem, consilium et iuuamen" a l'acusat de l'abús, Ramon de Montcada (doc. 185).

El 12 d'agost del mateix any, Arnau de Guardiola de Morvedre fou denunciat per haver maltractat un home soliu seu, Gilabert de Fàbrega, i la muller d'aquest, Anglesa. Segons l'acusació *cepit Guilabertum de Fabrica... et percussit eum grauiter cum quodam baculo et fregit sibi unam costam, et missit eum captum in quodam (recte quadam) domo dicti Arnaldi et fecit eum ibi custodiri; percussit etiam Anglesiam, uxorem dicti Guilaberti, cum manibus et pedibus* (doc. 187).

També som testimonis d'algun cas d'extralimitació per part de la justícia. Guillem de Reials, acusat d'haver comès un furt al jueu Salvat, fou empresonat pel batlle de Montblanc, el qual li negava el dret de defensa, motiu per què uns familiars de l'empresonat presentaren una queixa que deia: *Item protestamur, modo quo supra, quod ipsum Guillelmum de Royals tenetis captum indebito modo, non ad custodiendum ipsum ubi crimen exigeret, sed ad magnam penam quod facitis sibi sustineri in carcere ipsum ultra modum, et in tormis et catenis ipsum grauiter tormentando*. I tot això perquè el predit batlle era *inimicus dicti Guillelmi de Regals, et non ex zelo iusticie, sed typo inuidie et malicie mouetis et mouistis uos contra dictum Guillelmum ... et ita est fama publica in Montealbo* (doc. 387).

Els infortunis de la vida quotidiana també desfilen per les pàgines d'aquest bell diplomata, on constatem, una vegada més, un dels molts casos de mort prematura en aquella època. L'11 de desembre de 1279 Duran de Perer havia deixat vídua la

seva dona Sança i orfes els seus fills Berenguerona, en edat púber, i Pericó, Subirana, Guillemó, Jaume, Duran i Blancona, infants encara (doc. 203).

De notable interès em sembla també remarcar que alguns documents ens donen el nom de tots els caps de casa d'una població –o de la seva major o més important part–. Així un diploma del 10 d'abril de 1278 esmenta els de Sabadell (doc. 112); un altre del 14 de juliol de 1280, els de Zuera (doc. 220); tres del 3 d'agost de 1282, els d'Alinyà (doc. 299), Ossera (doc. 300) i Padrinàs (doc. 301); quatre del 4 d'agost del mateix any, els de Josa (doc. 303), Fórnols (doc. 304), l'Espluga de Lavansa (doc. 305) i Saranyana (doc. 306); un del 14 de desembre de 1283, els de Ponts (doc. 361); dos del 15 de desembre del mateix any, els de Tiurana i Vilaplana (doc. 363), i els de Vilves (doc. 364); un del 26 de juny de 1284, el d'una bona representació de Martorell (doc. 395). També resulta interessant l'elenc de comanadors de l'orde de Sant Joan de Jerusalem testimoniats el 1280 (doc. 237), o la llista de feligresos de la parròquia de Sant Sadurní de la Roca el 1284 (doc. 381), els de la parròquia de Sant Esteve de Cervelló (doc. 386) o la dels moliners reials de Barcelona, “mole-rii qui amolant molendina domini regis” –en frase de ritme dactílic i amb aliteració etimològica–, el mateix any (doc. 382). Tota la comunitat de Santes Creus desfila en les signatures d'un diploma del 23 de juny de 1284 (doc. 394). I ens són coneguts els noms dels ballesters disposats a defensar la ciutat de Girona en el setge francès de 1285, entre els quals crec que cal incloure Negre de Sogorb, nom que no sembla que s'hagi de considerar una mera aposició de Pere Martí i que s'hauria de transcriure, per tant, “Petrum Martini, Nigrum de Sugurbio” (doc. 445). Els consellers de Barcelona de l'any 1285 són esmentats també al doc. 448.

Un document del 4 de juny de 1278 en dóna, així mateix, la llista de les viles de la Vall d'Aran (doc. 116).

Queda confirmat que l'arxiu del monestir de Sixena custodiava documents reials molt importants, com els tractats signats entre els reis d'Aragó i de Castella (doc. 152) i que l'arxiu reial era també a la casa de l'Hospital de Barcelona, “registra regia in archiuo regio posito in domo Hospitalis Sancti Iohannis Iherossolimitani Barchinone” (doc. 214).

Fets històrics, com la revolta dels barons catalans el 1278 són ara millor coneguts. La sentència dictada contra el comte de Pallars Arnau Roger, al palau episcopal de Lleida el 23 d'agost de 1281 (doc. 260), per exemple, té unes parts narratives, redactades pel notari públic de Lleida Bertran Huguet, que no sols tenen interès històric sinó també literari, entès aquest terme en sentit ampli, naturalment. I així ens trobem amb el següent passatge, que recull l'explicació dels antecedents que dugueren el rei Pere a presentar una causa contra el comte pallarès. En dono només una part amb nova proposta de puntuació i alguna petita esmena textual.

Cum ipse dominus rex esset in regno Valencie et fuerit etiam longo tempore, pro eo quia Sarraceni in dicto regno existentes erexerant se contra predictum regem et terram suam, et rebellarunt cum multis castris et fortaliis contra eundem dominum regem, adducendo etiam milites Sarracenos ad terram Valencie de partibus Granate et de partibus Barberie, in maximum desonorem et dispendium terre sue et tocus christianitatis, in tantum quod idem dominus rex coactus fuit magnos contra ipsos Sarracenos exercitus congregare, et cum magnis cedibus, laboribus et expensis ipsos Sarracenos diuincens, diuina Gracia iuuante, sue dicioni reduxit.

Vix itaque Agarenorum negotio sic peracto, eodem domino rege in ipso regno permanente, nobilis Rogerius Bernardi, comes Fuxensis; Ermen-gaudus, comes Urgellensis, et Aluarus, frater eius; Raimundus Fulconis et predictus Arnaldus Rogerii, comes Pallariensis; Bernardus Rogerii de Erill et Raimundus Rogerii; Raimundus de Angularia; Guilelmus Raimundus (recte Raimundi) de Iosa, omnes predicti existentes naturales sui et de terra sua, et eorum etiam aliqui eiusdem domini regis uassalli pro multis feudis que pro ipso domino rege tenet (recte tenent), facta coniuratione et conspiratione, predicto domino rege absente et in predicto regno Valencie existente per (recte pro) reformatione ipsius terre, crudeliter quam plurimum, prout dictum est, a predictis Sarracenis perfidis deuastate, predicti nobiles contemptibiliter cum multitudinem (recte multitudine) armatorum, tam militum quam peditum, fuerunt terram ipsius domini regis agressi, faciendo insultus contra ciuitates, uillas, castella, mansos, loca religiosa et ecclesiastica, et stratas publicas et priuatas, ac alia loca et terras ipsius domini regis expugnando et inuadendo, saiones domini regis exercentes officium, saione (recte saiones) capiendo, uulnerando ac etiam occidendo, ignem imitando et hominis (recte homines) in domiciliis propriis concremando et uirgines captas deflorando, res etiam et bona que in predictis locis inueniebant deuastando, capiendo et secum asportando, homines etiam captos incarcerando et redimi faciendo, et alia multa maleficia atrocissima comitendo, et homines extraneos et de terra extranea uenientes contra dominum regem predictum et terram ipsius receptando et etiam sustinendo, et cum eisdem dampna plurima inferendo, dicto domino rege absente et postmodum in Catalonia existente, fatica iuris in eo super aliquo non inuenta, immo super perferimento (recte profierimento) de directo ab ipso domino rege eisdem oblato, et in maximum dispectum, contemptum et opprobium regie magestatis et dominacionis sue. Propter quod, cum fuissent legitime moniti et citati a domino rege et a suis uicariis ut de predictis malefactis et maleficiis seu criminibus facerent domino regi et conquerentibus de eisdem iusticie complementum, et cum hoc facere recusassent, fuerunt per ipsum dominum regem et eius uicarios a Pace et Treuga eiecti. Qui nichilominus in suis maleficiis, rebellatibus, inobediencia et contumacia persistentes, maiora ac grauiora crimina, dampna, iniurias et uiolencias prioribus comiserunt.

El 4 de novembre de 1279 l'alcaid de Torres, Pere de Tries, féu arribar a Pere de Palau de Camarasa tres ballestes i dues caixes de cairells: *tres balistas cornu, scilicet, duas de torno et unam duorum pedum; et duas caxias de quarellis, in una quarum sunt treytes de duobus pedibus et in alia sunt treytes baliste de strepo*. Aquest material, l'hi havia fet arribar el rei, sembla que acompanyat d' instruccions secretes (doc. 199).

Alguns documents ens ofereixen també algunes equivalències monetàries d'interès. El 4 de març de 1277 els morabatins valien set sous jaquesos; les masmundines, cinc sous jaquesos; els turonesos de plata, 0,7 sous jaquesos (doc. 73), i els sous melgoresos, 0,07 sous de tern de Barcelona (doc. 149). El 14 d'abril de 1281 el marc d'argent era comptat en 40 sous (doc. 252). El 15 d'abril de 1282 el marc d'argent corresponia a 73 sous i mig dels reials i 19 diners reials equivalien a 12 de Jaca (doc. 279). El 23 de maig de 1285 (doc. 441), 2.300 dobles d'or equivalien a 1.987 dobles miries o d'Almir, tenint en compte que, entre aquestes darrereres, "sunt sexaginta octo duple, quarum unaqueque est ponderis unius duple et quarte, et sunt computate pro octuaginta quinque duplis". A més, *sunt inter predictas mille nongentas octuaginta septem duplas mirias, centum quinquaginta duple et media ligate ad partem in quodam trocio*

panni lini, quarum quedam sunt rupte et quedam minoris ponderis et quedam sunt in dubio utrum sint bone. I encara, sunt tres cente tresdecim duple rexedie, et inter istas rexedias sunt quinquaginta duple, quarum quedam sunt rupte et quedam minoris ponderis et quedam sunt in dubio utrum sint bone.

El 2 de febrer de 1300 una unça valia 60 sous de moneda de tern de Barcelona (doc. 4, ap.)

Ja hem vist abans, com un cavall li costà a l'infant Pere 1500 sous de Jaca. El 22 de març de 1277, per l'adquisició d'un cavall "pili bagi bausani" Arnau de Cabrera hagué de pagar la també important suma de 930 sous de moneda barcelonesa de tern (doc. 74).

Una quartera de sal segons la mesura de Tarragona, posada a la costa, valia, el 24 d'octubre de 1283, 15 diners de moneda de tern de Barcelona –no 15 sous, com diu el regist– (doc. 357).

Era la lleuda *de unaquaque mola undecim denarios, exceptis molis Barchinonensium ciuium secundum quod in priuilegio domini regis Iacobi continentur* (doc. 382, a. 1284).

En fi, només podem regraciar, una vegada més, M.S. Cingolani pel seu notable esforç i per la riquesa d'informació que ens ha procurat en tants i tan variats aspectes del món medieval català.

JESÚS ALTURO I PERUCHO
Universitat Autònoma de Barcelona

Alessandra CIOPPI, *Le strategie dell'invincibilità. Corona d'Aragona e "Regnum Sardiniae" nella seconda metà del Trecento*, Cagliari, CNR - Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea, 2012, 467 pp. ISBN 978-88-95462-50-9.

L'obra de la Dra. A. Cioppi, dedicada al sempre important tema de la història sarda en la plenitud medieval, i especialment en la segona meitat del segle XIV, ens ofereix un interessant estudi centrat en els registres de la Batllia General del regne de Sardenya, en temps del batlle Jordi de Planella, conservats a l'Arxiu de la Corona d'Aragó. L'autora ens ofereix una perspectiva distinta del que fou la dominació catalanoaragonesa i la presència dels catalans en els castells sards en el darrer terç del segle XIV, especialment en el regnat de Joan I. Una part important d'aquesta obra és, sens dubte, l'edició acurada dels registres 2484, 2485 i 2486, de la secció del Mestre Racional de l'Arxiu Reial de Barcelona. Per sí mateixa, aquesta part té prou rellevància com per ser considerada de manera singular, tota vegada que la lectura de les anotacions dels tres registres aporten informació múltiple i diversa sobre la dominació catalana, el recursos esmerçats per organitzar i mantenir la guerra, i la defensa i la conservació dels castells i fortificacions sota control català i, de forma ben significativa, informació rellevant i continuada sobre l'abastament d'aliments als soldats i guardes dels castells, especialment de Castell de Càller.

Tanmateix, l'edició va precedida d'un ampli estudi, organitzat en set capítols, en el que l'autora fa la seva proposta metodològica prèvia i presenta la historiografia més recent sobre les relacions catalanosardes, per analitzar després tot el procés

de conquesta i de domini del regne de Sardenya, des de la seva infeudació per Bonifaci VIII al rei Jaume II el Just (1297), destacant-ne el fet d'haver estat un espai clau per al conjunt de la Corona, tant per la seva situació estratègica com per haver estat font de recursos tant fiscals com alimentaris, especialment cerealfcoles.

La conquesta de l'illa, iniciada el 1323 per Jaume II i continuada pel seu fill, Alfons el Benigne i, sobretot, pel nét, Pere el Cerimoniós, suposà un enfrontament de llarga durada de pràcticament més d'un segle de tensions bèl·liques, en el que s'hi veieren implicats no sols els territoris peninsulars, sinó també les repúbliques marineres italianes amb interessos ancestrals sobre l'illa, com Gènova i Pisa, i, evidentment, els grans poders autòctons, molt especialment els jutges d'Arborea, que passaren dels pactes dels temps d'Hug II a l'enfrontament total en temps de Marià IV i de la seva hereva Elionora d'Arborea, enfront dels interessos i dels projectes de Pere el Cerimoniós. Sens dubte la revolta de l'Alguer, la seva conquesta i repoblament fou el fet més emblemàtic d'aquesta etapa de tensions. L'inici d'una economia de guerra, l'organització d'un sistema fiscal per fer front a les enormes despeses que suposà aquesta campanya i, per tant, l'inici del que s'ha denominat els orígens de la fiscalitat d'estat, vinculats a les campanyes bèl·liques de llarga durada així com a l'organització d'un sistema defensiu i de control del regne de Sardenya, que donà lloc al sistema d'encastellament de matriu feudo-baronial, són tots ells aspectes rellevants que configuren l'estudi previ. A més, del plantejament genèric de l'organització defensiva del regne de Sardenya i del fenomen de l'encastellament arreu de l'illa, s'estudien alguns casos concrets: els més ben representats en la documentació del Batlle General de l'illa, com el castell d'Acquafredda i el de San Michele; i d'una manera molt especial i minuciosa el Castell de Càller, que és analitzat des de l'època anterior a la conquesta catalanoaragonesa fins a la configuració d'una nova ciutat, amb tot el complex defensiu i la peculiar política urbanística que configurarà el futur de Cagliari i el seu entorn immediat com a capital de la governació catalana sobre l'illa, a la vegada que port de referència tant per qüestions comercials com militars.

És especialment rellevant el procés d'organització i consolidació de les estructures administratives de matriu catalana, sobretot la Batllia General en mans de Jordi de Planella, que a la vegada acumulà el càrrec de veguer del castell i districte de Cagliari. L'autora s'endinsa en les dificultats d'adaptació i àdhuc de funcionalitat del model de gestió català aplicat a l'illa, i de com en temps de Martí el Vell o Martí I l'Humà s'hagué de reconduir el sistema administratiu a models precedents que podien ser més eficaços i que, sobretot, garantirien la percepció dels drets i rendes reials. L'abolició del càrrec de Governador general i la restauració dels vells *governatorats* de Capo di Cagliari i de Capo di Logudoro, podrien considerar-se com un dels resultats més destacats d'aquestes transformacions administratives imposades per un sempre dubtós i insegur Martí l'Humà, sobretot davant les pressions d'unes corts cansades de subvenir guerres sense fi i del fracàs de la lluita contra el cors, que amenaçava constantment el comerç català.

L'obra compta amb una àmplia i substancial presentació del prof. Flocel Sabaté, amb el títol "Il *regnum Sardiniae* nella Corona d'Aragona durante la seconda metà del XIV secolo", en la que es fa un ampli repàs i s'estableixen paral·lelismes entre els esdeveniments a terres catalanes i allò que s'observarà per a àmbit sard. Es

tracta d'unes pàgines que cal tenir ben presents per entendre millor i contextualitzar bé el marc institucional, social, econòmic i àdhuc mental en què es presenta amb la incorporació del regne sard i, a la vegada, per adonar-se de com i de quina manera tot allò que passava a Sardenya tenia una repercussió ben directa a terres catalanes i, en general, arreu de la Corona catalanoaragonesa.

Una detallada relació bibliogràfica complementa una obra que caldrà tenir ben present en els futurs estudis sobre Sardenya i la seva relació amb el conjunt dels dominis catalanoaragonesos.

PRIM BERTRAN I ROIGÉ
Universitat de Barcelona

Benoît CURSENTE, *Une histoire de la questalité. Serfs et libres dans le Béarn médiéval*, Pau, Société des Sciences, Lettres et Arts de Pau et du Béarn, 2011, 219 pp. ISBN 979-10-90919-01-3.

Éste es un libro poco habitual. Pudiera definirse como una obra de alta divulgación sobre la servidumbre en el Bearne medieval, lo que llevaría casi automáticamente a esperar una definición más o menos elegante de la servidumbre, la descripción de sus fases principales y la presentación sencilla de algunos conflictos. Sin embargo, es mucho más que eso. Desde sus cuarenta años de investigaciones en primera línea, Benoît Cursente convierte la *questalité* bearnesa –una forma regional de la “segunda servidumbre”– en clave de lectura de una sociedad medieval examinada en una cronología larga desde casi todos los puntos de vista imaginables. Y al mismo tiempo, acepta el desafío de concretar esto en un texto conciso –140 páginas en cuerpo de cómoda lectura– y redactado con gusto. Se añade un glosario particularmente útil, una quincena de ilustraciones elocuentes y dos nutridos anexos documentales con los textos originales de todos los documentos citados o traducidos en el libro y con la edición íntegra de la encuesta judicial del Montanérès, que constituye un soporte central de la obra.

Hacia 1200, el Bearne es un país poco poblado, gobernado por una autoridad pública de tradición postcarolingia y dominado por una aristocracia comparativamente débil. La pieza básica de su armazón social es el *casal*. Como el *mas* catalán o el solar castellano, el término *casal* designa en principio el conjunto de vivienda, cercado, parcelas y derechos de uso. Pero más allá de esta acepción estricta, es una unidad social, de producción y de percepción de rentas y servicios. Los titulares de *casales* controlan en efecto bosques, pastos y aguas, es decir, los recursos económicos fundamentales, y constituyen por ende una fuerza social considerable en la que se codean las elites campesinas con las familias nobles: entre unos y otros hay cauces de sociabilidad y de decisiones comunes en el marco local. Unos y otros dominan a los estratos más bajos de la sociedad rural –aun de rango no noble, el señor de la casa es siempre *dominus* o *senhor* y puede tener bajo su mando tanto a segundones como a casas subordinadas– y proveen al vizconde de servicios y rentas en un abanico flexible y variado que va de la corvea, el tributo y el albergue a la prestación militar.

Entre mediados del siglo XIII y mediados del XIV, los equilibrios de esta sociedad saltan hechos añicos. Esta ruptura es un tema central de la obra, uno de cuyos aspectos más interesantes es el modo dialéctico en que se presenta la irrupción de lo que el autor califica de Primera Modernidad. El poder soberano incrementa sus mecanismos de control del territorio y de la población en dos sentidos no desprovistos de contradicciones. Por un lado, como en otros lugares de Occidente, los juristas al servicio del príncipe elaboran una forma de servidumbre legal, personal e indisoluble del estatuto de la tierra. Es la *questalité*, cuya difusión recuerda la del *vileinage* inglés, si bien la bearnesa es una forma de servidumbre más atemperada: quien no puede negar el carácter servil de los servicios debidos por la titularidad del *casal* queda sometido al vínculo de servidumbre y debe por ende pagar la *questa*. La naturaleza de ésta revela la centralidad de la servidumbre en el control de los recursos, puesto que se paga en concepto de aprovechamiento del bosque y las landas. Siguiendo la dinámica generada desde el poder soberano, los señores locales imponen el reconocimiento de la servidumbre a sus dependientes. La extensión de la *questalité* fractura así el *continuum* social que anteriormente engarzaba a nobles y no nobles titulares de casales.

Por otro lado, y de modo simultáneo, el vizconde promueve la extensión del Fuero de Morlaàs, lo que da lugar a burgos cuyos habitantes están protegidos de la servidumbre. Tales burgos afirman la presencia y los recursos del príncipe en el medio rural, pero también abren lo que el autor llama caja de Pandora de la Modernidad: encauzan y estimulan el desarrollo de mercados, diversifican los oficios y generan un mercado de trabajo nuevo. Zapan así la lógica de la sociedad encuadrada en *casales*, porque drenan contingentes de la capa más humildes de la sociedad rural hacia las tierras de fuero, y porque desvalorizan un derecho de acceso a landas y bosques que hasta ahora pasaba inevitablemente por la titularidad de un *casal* y el pago de la *questa*.

Esta ebullición que agita la sociedad bearnesa se enfría en la segunda mitad del siglo XIV, con la crisis demográfica y el fin de la oleada de burgos aforados. Con un trasfondo de lento declive de la servidumbre en el último siglo medieval, la relación entre ésta y la condición franca es objeto de un tratamiento lleno de claroscuros. En las aldeas, los lazos comunitarios y las alianzas matrimoniales entre libres y siervos revelan una coherencia social que relega a segundo plano el estatuto jurídico. Pero Cursente muestra también que este último tiene peso en las aspiraciones y la vida de las gentes. Salir de la servidumbre no es ni automático, ni sencillo, ni barato. En el flujo moderado pero constante de enfranquecimientos individuales que caracteriza esta etapa intervienen múltiples factores y actores, y no es el menor de sus efectos la transferencia de liquidez campesina a las bolsas del príncipe y los señores.

En todo este proceso de cambio, esta obra presta una atención especial a los actores más humildes del medio rural. El régimen de casales tiene algo de *matrioska* rusa: las casas señoriales o principesca engloban casales serviles, y estos a su vez siguen constituyendo formas de señorío doméstico. Bajo la férula del titular del *casal* están *esterlos*, segundones excluidos de la herencia, y *botoys*, titulares de miserables explotaciones creadas en el suelo del *casal*. Esta suerte de proletariado rural tiene un papel no despreciable en la arquitectura social del país: aseguran la existencia de casas dependientes, contribuyen al pago de la *questa* y aseguran el prestigio social del *questau*, un *senhor* en el terruño, réplica rústica de la casa noble. Si bien están llamadas a constituir el elemento más dinámico de la sociedad bearnesa al nutrir la población

de los burgos, estas gentes aparecen a menudo atrapadas entre circunstancias vitales implacables y un engranaje social rígido, dominado por los titulares de los *casales*. Cursente ha sabido hacernos llegar sus voces tal como se alzaron en determinadas ocasiones, en particular en el conflicto del Montanerès de 1357 cuyos testimonios son en buena medida la simiente de este libro.

Son muchos los planos de análisis que Cursente articula en su explicación de la servidumbre bearnesa, desde las formas del hábitat y el parcelario a las particularidades de los valles pirenaicos, pasando por las relaciones entre Derecho Romano, Costumbre y sociedad rural. Valga aquí, a título de ejemplo en los límites de una reseña el tratamiento de las estructuras familiares. En términos generales, la afirmación de la primogenitura se explica en el proceso de institucionalización del casal servil –sin distinción de sexos– y de la casa noble –con privilegio de masculinidad, probablemente por la prestación de servicios militares. Pero luego se ajusta más el foco y se reconstruye una serie de familias a través del análisis de la parte mejor conservada del registro de población servil ordenada por Gastón Fébus en 1387, que muestra la traducción real de estos principios. En un régimen de primogenitura, se espera encontrar grupos domésticos amplios. Pero no hay tal cosa. La familia conyugal simple es mayoritaria. Lo que sí hay es un primer período de parejas jóvenes viviendo bajo la tutela de los dueños anteriores, con su correspondiente freno a la fecundidad, seguido de su acceso al gobierno de la casa, lo que relanza la fecundidad. Se aprecian también sutiles estrategias en los matrimonios mixtos de siervos y libres: casarse con alguien de condición libre es tres veces más habitual entre las herederas que entre los herederos. Puesto que la servidumbre se transmite por vía masculina, se busca así facilitar a los segundones la salida de la condición servil.

En fin, más allá del propio contenido de su análisis, Benoît Cursente asume el riesgo de hacer explícita su relación personal con el objeto de estudio. Toma partido sin afectación ninguna por la dignidad de los más humildes de esta sociedad rural, si bien permite con toda honestidad al lector distinguir, que no separar, la parte de su peripetia vital –el libro se abre y se cierra con sendas vivencias del autor, separadas por cuarenta años entre sí– y de su ética personal, de la parte de su oficio de historiador. Todo lo cual, en estos tiempos en que el medievalismo se muestra a menudo fascinado sobre todo por las elites y los rituales del poder, no deja de ser un soplo de aire fresco.

JUAN JOSÉ LARREA
Universidad del País Vasco

Desanka KOVACEVIC-KOJIC, *La Serbie et les pays serbes. L'économie urbaine XIVe-XVe siècles*, Belgrade, Maison serbe d'édition de livres scolaires - Institut des Études balkaniques, 2012, 336 pp. ISBN 978-86-17-18055-1.

Recull d'estudis publicats per la Dra. Kovacevic, medievalista sèrbia establerta primer a Sarajevo i després a Belgrad. És la seva obra dispersa editada ara com a homenatge a tota una vida dedicada a la investigació de la història medieval del seu país, sobretot a les ciutats de Bòsnia i de Sèrbia a la baixa Edat Mitjana i al segle XVI. Remarquem que alguns articles procedeixen de temes generals derivats de la recerca

establerta per la “Commission Internationale pour l’Histoire des Villes”, en la qual varem coincidir força temps. Tot està traduït al francès per una millor difusió d’aquesta publicació i en tota la seva integritat, tal com va aparèixer per primer cop; per això observem alguna reiteració. Els estudis s’han reunit sota dos grans epígrafs: “L’auge econòmic dels països serbis” i “Les ciutats i l’economia urbana”.

Les dificultats de la historiadora per dur a terme la recerca foren molt importants si tenim en compte que la dominació dels otomans va destruir tota la documentació de les institucions urbanes anteriors, que ells substituïren per un nou sistema de ciutats completament diferents pel seu origen i característiques. El canvi va tenir lloc després de la conquesta de Sèrbia (1459), de Bòsnia (1463) i d’Herzegovina (1482), dates que marquen la fi de gairebé tots els estudis que comentarem. La solució perquè el treball fos possible es va trobar en l’existència dels Arxius de Dubrovnik, l’antiga Ragusa, els habitants de la qual sempre s’havien traslladat cap a l’interior del país a fi de comerciar amb les ciutats sèrbies; ells esdevingueren els testimonis de la vida urbana fins a la seva destrucció pels turcs. De tota manera l’època anterior al segle XIII no es pot conèixer per manca de documentació, només hi ha dades sobre una petita part a les poblacions de la costa adriàtica en relació amb Bisanci, i tampoc no es pot valorar bé l’economia dels monestirs i dels poblets.

L’autora dedica un primer estudi a la base econòmica d’aquesta zona dels Balcans, és a dir, les mines d’or i d’argent, explotades més o menys com les de la resta d’Europa des de la fi del segle XII, al llarg del XIII amb l’arribada dels miners de Saxonia i durant el XIV, caracteritzat per un augment de l’activitat. A la segona meitat de la centúria següent la revifalla es deu al descobriment de noves tècniques que permeteren la separació dels minerals d’argent i de coure, i l’aprofitament del plom i del cinabri. Aviat els mercaders de Ragusa s’interessaren per intervenir en el comerç de l’argent fins al punt de formar companyies i establir colònies en els mateixos llocs de l’extracció. Ho afavoriren els reis (els dèspotes) i els senyors feudals a fi d’augmentar el seu poder amb la riquesa minera. En un mapa, l’autora situa les mines, que eren trenta-dues, i les vies comercials cap a les ciutats de Dalmàcia, on Ragusa fou l’intermediària entre els Balcans i Europa. La indústria minera, amb l’establiment de mercats, estigué a la base del desenvolupament d’alguns centres urbans durant la primera meitat del segle XV fins a l’ocupació dels turcs. Són sobretot Novo Brdo, amb mines d’argent aurífer, i Srebrenica, amb colònies de ragusans mercaders i banquers; en relació amb elles creixeren centres comercials com Pristina i Belgrad. Cal remarcar que tanta prosperitat motivà la legislació del dèspota Lazarevic per regular la mina i la ciutat de Novo Brdo (1412). Més endavant, el 1433, el viatger borgonyó Bertrandon de la Brocquière, cavaller, va constatar que el dèspota de Smederevo aconseguia de les mines d’argent i or de Novo Brdo unes rendes de vora 200.000 ducats l’any. És evident que servien per a l’encunyació de moneda; la més antiga imitava el gros venecià, però aquest tema encara no està ben estudiat.

El problema és conèixer la producció minera. Només per dades de la duana de Srebrenica es pot avaluar la renda de la mina veïna en una mica més d’una tona d’argent; per tant la producció podria ser de 6 tones l’any en una època bona. Una font important sobre el rendiment són els llibres mercantils (1426-1433) dels dos germans Kabuzic; Caboga en els documents llatins. Segons els germans Caboga, el volum de la producció minera de Serbia i Bòsnia arribava a unes trenta tones l’any. Des de Ragusa

i per mitjà d'una xarxa de col·laboradors, importaven 3.500 kg. anuals valorats en 100.000 ducats venecians; una part era or, uns 35 kg. anuals destinats a Venècia on era amonedat. A més, importaven cera pura i altres productes com llana i teixits, repartits entre Venècia, Florència, Nàpols i l'Europa occidental. Aconseguien un trenta per cent de guany anual, segons els assentaments en els seus llibres de comptabilitat doble, que és l'exemple més antic d'aquest sistema als Balcans. Els germans formaven part de la quarantena de mercaders de Ragusa de mitjana importància que necessitaven autorització d'exportació (són setanta els ragusans que l'obtingueren el 1422), però no els calia als venecians presents a la ciutat. Com que, a més, els metalls sortien per altres ports i per terra es dirigien a Hongria, no és possible establir xifres vàlides.

L'autora dedica una atenció especial als quatre llibres de comptes dels Caboga conservats als Arxius de Dubrovnik; són escrits en dialecte venecià i difícils d'interpretar per tenir partides lligades entre elles pel sistema de doble comptabilitat. Pertanyen a una societat creada el 1417 i finalitzada el 1437 per negociar, com ja hem indicat. Consten preus, canvis, transports, destinació, col·laboradors, etc., malauradament desconeguts en relació al negoci comercial de la resta de mercaders ragusans de la mateixa categoria o més importants. L'activitat dels catalans (transport, adquisició de llana i metalls) ja fou comentada per N. Fejic a l'"Anuario de Estudios Medievales", 24 (1994), i per la mateixa Dra. Kovacevic, en base als llibres dels Caboga, a l'"Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia", 26 (2005), estudi ara reeditat aquí.

Quant a les ciutats, s'estudien: Pristina, que era un bon centre comercial poblat per ragusans; Belgrad, descrit per alguns contemporanis; Smederevo, en auge fins a la conquesta turca; Srebrenica, un mercat apreciat per ragusans que desenvoluparen el seu urbanisme; Sarajevo, fundada pels turcs el 1462, i hi ha referències a algunes poblacions del litoral que també creixeren com a mercats. L'aspecte cultural de l'ambient urbà no és gaire rellevant i només s'esmenta un únic personatge de categoria: Nikola de Kotor, un escriptor que fou canceller de diferents dèspotes serbis. Si bé la cultura dominant era l'ortodoxa, es constata la influència de l'Església catòlica. A Serbia, l'arribada de miners de Saxonia, que s'hi establiren i hi fundaren parròquies catòliques, trencà la unanimitat ortodoxa a la fi del segle XIII. S'hi afegiren les colònies de mercaders ragusans vora les mines i punts de mercat, que coneixem per una missiva papal del 1346. A Bòsnia, la influència és més tardana i per obra de missioners franciscans i dels ragusans que els llegaven béns en les seves darreres voluntats. El perill i després el domini turc provocaren canvis profunds, en primer lloc la fortificació dels nuclis de població i dels monestirs, després el declivi econòmic i naturalment el cultural.

Cal, finalment, remarcar algunes de les aportacions més importants de l'obra de la Dra. Kovacevic: la demostració que les mines eren més productives del que se suposava amb la intervenció decisiva dels ragusans, i la confirmació que la riquesa derivada de l'activitat minera va influir de manera bàsica en el desenvolupament de l'estat serbi i bosnià. No ha estat possible precisar més un tema complementari: el paper de l'or i de l'argent serbi en el comerç de metalls preciosos d'Europa per via de Venècia sobretot, quan es van esgotant les mines occidentals, i també en la ruta d'Alexandria i de Llevant.

CARME BATLLE I GALLART
Universitat de Barcelona

María Fernanda NUSSBAUM, *Claves del entorno ideológico del poema de Alfonso XI*, Lausanne, Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos, 2012, 510 pp. (Hispanica Helvetica; 23). ISBN 978-84-7956-110-9.

Tal y como se ha venido demostrando a lo largo de las últimas décadas, el análisis de la ideología que acompañó a la redacción de los textos políticos, legislativos e historiográficos medievales revela las claves a través de las cuales dichos textos deben ser interpretados; y, al mismo tiempo, ayuda a conocer mejor el contexto político del que surgieron. De ahí la importancia, tanto para la Historia como para la Historia de la Literatura, de los estudios dedicados a estas temáticas. De ahí también la interdisciplinariedad que los caracteriza. La tesis doctoral de María Fernanda Nussbaum forma parte de este tipo de estudios. A partir del *Poema de Alfonso XI*, y tomando como base los trabajos de Diego Catalán, Mercedes Vaquero y Fernando Gómez Redondo, la autora propone una reconstrucción del entramado ideológico en el que se inscribe el escrito. Su estudio se enlaza así con los llevados a cabo por Carlos Alvar, Hugo Óscar Bizarri, Leonardo Funes, Marta Haro Cortés, Carlos Heusch, Georges Martín y Purificación Martínez, entre otros; aunque también remite a los trabajos sobre la monarquía castellana bajomedieval realizados por historiadores como Carlos Estepa, Miguel Ángel Ladero Quesada o José Manuel Nieto Soria.

El *Poema de Alfonso XI* se atribuye a Rodrigo Yáñez y se data en el año 1348. A partir de ello se deduce que fue escrito en vida del rey, y con el objetivo de ensalzar su figura; lo que lleva a suponer que guarda una estrecha relación con la ideología política confeccionada en la corte de la que emanó. El propósito de María Fernanda Nussbaum es reconstruir esa ideología identificándola en el poema. Para ello, y tras un breve capítulo introductorio en el que se expone un estado de la cuestión sobre los estudios dedicados al texto, en las cincuenta primeras páginas la autora traza un panorama genérico del pensamiento político medieval, basado en los clásicos de Ullmann y Kantorowicz, en el que encuadra muy brevemente el pensamiento castellano trecentista, para a continuación detectar los elementos característicos de ese pensamiento en el poema estudiado. De este modo, comienza con una lectura política del texto, que permite repararlo, y a lo largo de la cual se subrayan las claves de la teoría política trecentista identificadas en el mismo texto, punto de partida para la reconstrucción de su contexto ideológico. Una vez concluida esta lectura, se cierra el capítulo y se abre uno nuevo, en el que son analizadas las relaciones del poema con la ideología de Cruzada, ofreciéndose una nueva lectura, también ideológica y siempre política, pero que parte de otra perspectiva. Los tres capítulos siguientes, que ocupan aproximadamente trescientas páginas del total de quinientas del libro, analizan los textos legislativos, los escritos historiográficos y los espejos de príncipes relacionados con el reinado de Alfonso XI. En las conclusiones finales se repasa todo ello, subrayándose el peso de la imagen del rey-juez en el conjunto de los escritos y analizándose el modo en que en ellos se cristianiza la figura del monarca. Así, la obra no trata exclusivamente del *Poema*. De hecho, repasa muchos otros textos, si bien relacionándolos con el citado poema. El *Fuero juzgo*, el *Fuero real*, las *Siete Partidas*, el *Ordenamiento de Alcalá*, las crónicas de Alfonso X, Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI, el *Speculum regum* de Álvaro Pelayo, la *Glosa al Regimiento de Príncipes* de Juan García de Castrojeriz, el *Libro de los estados* de don Juan Manuel, el *Libro del caballero Zifar* y los *Castigos*

de Sancho IV son analizados. Prima en estos análisis una perspectiva clara: determinar de qué modo estos textos configuraban una imagen de la monarquía. La idea es observarlos desde la óptica de la ideología que determinó la redacción del *Poema*.

A lo largo de la lectura es bastante recurrente la confusión que se deriva de la frecuente presencia en el texto de los términos “España” y “españoles”, en ocasiones identificados con el territorio de la Corona de Castilla y con sus habitantes, respectivamente, y en otras con lo que representaban en la época y en el *Poema*: el conjunto territorial formado por la península Ibérica y el norte de África, del que los monarcas castellano-leoneses se consideraban herederos. Dada la importancia que la reconstrucción ideológica de esta herencia cobró en el reinado de Alfonso XI, se echa en falta en el estudio una mayor atención a este aspecto; así como a otros relacionados con conceptos como “dominio” o “Corona”. Se constata también que la bibliografía, necesariamente seleccionada por ser muchos los textos y muy amplios los temas tratados, deja de lado algunos estudios destacados. Con todo, un proyecto tan ambicioso ha de ser contemplado en su conjunto, sin entrar en demasiadas puntualizaciones. La obra de María Fernanda Nussbaum contribuye a un mejor conocimiento de la ideología monárquica castellana en la primera mitad del siglo XIV, y subraya la importancia de estudiar los textos medievales emanados del poder bajo el prisma de lo político. Independientemente de las tipologías que se establezcan, los escritos legislativos, historiográficos, didácticos y morales que se escribían en la corte, por directo o indirecto mandato regio, representaban herramientas políticas, y como tales fueron concebidos. Dentro de este conjunto de textos, ni el *Poema de Alfonso XI*, ni otros escritos relacionados con el período de reinado de este monarca, han recibido hasta el momento tanta atención como la que se ha concedido a la producción escrita de las décadas anteriores y posteriores. Los recientes estudios sobre las crónicas de Sancho IV y Fernando IV, o sobre la *Crónica Troyana*, comienzan a llenar ese vacío. El trabajo de María Fernanda Nussbaum se encuadra en este contexto, e invita a pensar que en pocos años la producción escrita del reinado de Alfonso XI habrá sido, como aquí se hace con el *Poema*, analizada en detalle y adecuadamente contextualizada.

COVADONGA VALDALISO CASANOVA

Centro de História da Sociedade e da Cultura. Universidade de Coimbra

Cédric QUERTIER, Roxane CHILÀ, Nicolas PLUCHOT (eds.), “*Arriver*” en ville: les migrants en milieu urbain au Moyen Âge, Paris, Publications de la Sorbonne, 2013, 329 pp. ISBN 978-2-85944-724-3.

En febrero de 2011, el laboratorio de jóvenes historiadores VilMA, apadrinado por instituciones de renombre como la Universidad de la Sorbonne y l'École Normale Supérieure de Lyon, organizó en esta misma ciudad el coloquio internacional “‘Arriver’ en ville. Les migrants en milieu urbain au Moyen Âge: installation, intégration et mise à l'écart”. Poco más de dos años después, las actas de dicho encuentro vieron la luz, conformando un volumen en el que se apuesta por retratar una diversidad de perfiles forasteros bien contextualizados, presentándolos como ventanas

abiertas a la(s) experiencia(s) del migrante en la Edad Media. Así, el libro cubre marcos cronológicos y espaciales amplios y variados que van desde el siglo VII a los inicios de la modernidad y desde Escandinavia a Constantinopla, pasando por Francia, la Corona de Aragón, las ciudades italianas y el Magreb.

Un conjunto variado de académicos franceses han aunado aquí sus esfuerzos para lidiar con un tema de rabiosa actualidad, como es el de la recepción y experiencias del forastero, sus motivaciones, estrategias y relaciones, sus necesidades y expectativas, sus éxitos y fracasos. La obra destila pues una empatía social que se combina con un rigor metodológico palpable en la estructura misma del volumen. Así, tras remarcar ya tanto en la presentación como en la introducción los problemas terminológicos que giran en torno a la cuestión del forastero en la Edad Media, el libro en sí mismo se estructura en función de los cuatro momentos que determinan el trabajo del historiador que encara estos temas: (1) la identificación de los migrantes, (2) su regulación institucional, (3) su localización, estrategias y realidades socio-espaciales en la ciudad y, finalmente, (4) las especificidades de una presencia extranjera a través de la figura del mercader. Con el fin de retomar y comentar los aspectos más destacados del conjunto amplio de contribuciones, lo que sigue intentará primero reflexionar sobre los problemas terminológicos y de fuentes que plantea el estudio de la presencia forastera en el mundo medieval para luego proponer una lectura cruzada de los diversos artículos con vistas, no sólo a reflexionar sobre los aspectos más relevantes de esas “experiencias” forasteras, sino también a resaltar una de las principales propuestas metodológicas de este volumen: la comprensión integrada y comparativa como mecanismo para entender en toda su complejidad el rol del forastero en la continua transformación de la ciudad medieval.

Reflexionar sobre la “identificación” de “aquellos venidos de otros lugares” (*gens venus d’ailleurs*, como dice Denis Menjot en la introducción) no sólo supone analizar las fuentes donde poder ‘encontrar’ al migrante, sino también definirlo. Ahora bien, “extranjero” o “forastero” entre otros, son términos que confunden al historiador ya que difícilmente pueden utilizarse de manera ambivalente. Así, se agradece que una obra tan variada como la que aquí se presenta intente afrontar el problema, afinándolo al proponer a sus colaboradores que intenten valorar hasta qué punto los términos que se extraen de las fuentes se corresponden con los que aplicamos desde nuestra realidad.

No se puede decir que todos los colaboradores hayan retomado esta propuesta, y tampoco podemos considerar que esta problemática emerja como uno de los aspectos principalmente tratados en el volumen. Se ofrecen, sin embargo, pinceladas que pueden ayudar a tomar mayor conciencia de los retos analíticos que suponen estas confusiones terminológicas. Por un lado, cabe remarcar que algunos autores optan abiertamente por la solución más segura y rigurosa, utilizando en cursiva términos extraídos de las fuentes. Así, Cédric Quertier emplea con más comodidad las palabras *forestiero* o *forestieri* que “extranjero” en su estudio sobre los mecanismos del tribunal florentino *della Mercanzia*, encargado de despachar los conflictos entre mercaderes florentinos y de otras procedencias. Sin embargo, no siempre las fuentes proponen soluciones claras, como bien recuerda Matthieu Scherman al manifestar la ausencia en la documentación barajada de algún tipo de término específico que identifique claramente a aquellos procedentes de más allá de las murallas de Treviso en

el siglo XV. Pese a que este hecho es altamente significativo –indicando que para la sociedad estudiada el origen cobraba una importancia secundaria, dado que la residencia, estabilidad y compromiso eran los criterios que definían verdaderamente al buen ciudadano– deja al historiador sin armas y con la necesidad de interpretar la realidad con términos que le son aparentemente ajenos. En otras ocasiones, la terminología existe pero es confusa. Así, Roxane Chilà recuerda que se trataba de “catalanes” a todos los ibéricos presentes en el reino de Nápoles durante los primeros años de la conquista de Alfonso el Magnánimo.

Como apunta Denis Menjot en su introducción, las fuentes sugieren, pero la conceptualización del que viene de lejos radica fundamentalmente en la elección del historiador, que, teniendo en cuenta las condiciones geopolíticas del fenómeno migratorio, debe definir conceptos que puedan reproducir las muy diversas experiencias, modelos y problemas de integración que se daban en un único espacio determinado. En este sentido, la obra sugiere la definición de perfiles muy concretos como mejor opción para salvar estas problemáticas y lidiar rigurosamente con esta estrecha relación entre contexto y terminología.

En efecto, es entrando en el detalle de casos muy específicos que se revelan las dinámicas sociales de la migración y de la alteridad. Sólo desde esta perspectiva podía integrarse en esta obra un estudio tan sugerente como el de Christophe Cailleaux sobre la presencia de judíos y musulmanes en la Cataluña bajomedieval. Nacidos en Barcelona o en Tortosa, es difícil defender que los miembros de estas dos comunidades minoritarias pudieran ser tildados de forasteros. Sin embargo, el planteamiento terminológico que lanza aquí Cailleaux se afina a lo largo de las páginas de su artículo, en las que matiza su propuesta analítica, asimilando el miembro de una minoría no tanto con un extranjero como con un elemento extraño y difícil de ubicar. Destacando aún más las ambigüedades del término “extranjero”, Cailleaux utiliza un caso claro y dramático de alteridad para analizar las dinámicas y mecanismos sociales de aceptación y rechazo. Es pues desde su especificidad que el estudio de Cailleaux, que puede parecer desubicado en un principio, deviene metodológicamente sugerente para el estudio de la integración forastera en las sociedades medievales.

Al margen de los problemas de fondo que supone la terminología, no podemos olvidar, como se sugería más arriba, que el estudio de la realidad de los migrantes pasa por identificarlos y seguirlos en las fuentes disponibles. Los autores cumplen en general con el requisito fundamental de acercarse a la realidad forastera a partir de una diversidad de fuentes, con vistas a percibir la variedad de perfiles socio-económicos que podían conformar toda comunidad forastera. Así, la lectura de los artículos aquí reunidos permite extraer una lista de fuentes potencialmente interesantes para el estudio de los procesos de integración en la Europa medieval: principalmente registros fiscales (Étienne Hubert, Matthieu Scherman y Jérôme Hayez, por ejemplo) y notariales (Cailleaux, Valérian, Hayez), pero también procesos judiciales (Quertier, Cailleaux), literatura y relatos de viajes (Lestrenaud, Malbos y Valérian) o correspondencia diplomática y cartas de mercaderes (Valérian, Hayez). Cabe destacar también el recurso a la arqueología para cronologías más reculadas y con poca documentación escrita, como es el caso del trabajo de Lucie Malbos y Arnaud Lestremeau sobre flujos migratorios en los mares del Norte en los siglos VII-XI. Finalmente, es de extrañar que sólo Jérôme Hayez mencione entre las fuentes a su disposición las listas de habitantes. De

igual modo, no se hace mención clara a registros o privilegios de ciudadanía, pese a que la cuestión de la obtención de la categoría ciudadana se repita a lo largo de la obra. Cabe suponer pues que tales fuentes no se conservan para los contextos aquí presentados, pero es necesario remarcar su relevancia ya que no son pocos los estudios (entre los que destacan, por ejemplo, los trabajos de Reinhold Mueller y sus discípulos sobre ciudadanía veneciana) que han mostrado hasta qué punto pueden ayudar a recrear las dinámicas y mecanismos de la integración, desde un punto de vista tanto institucional como socio-económico.

No seguiremos el comentario del volumen parte por parte: así, del problema de la identificación no pasaremos al de la localización de los migrantes. Quizás sea más interesante escapar al rigor metodológico de la obra a la hora de valorar sus aportaciones reales al fenómeno migratorio en el medioevo. Y es que a través del proceso mental del historiador, la obra permite recuperar los procesos vitales de aquellos que abandonaban el hogar de origen e iniciaban una nueva vida en tierras más lejanas. Para ello, resulta útil recuperar dos conceptos que los coordinadores del volumen emplean en su presentación: “desenraizarse” (*déracinement*) y “enraizarse” (*enracinement*). Ciertamente, se trata de dos términos que traducen a la perfección los dos momentos de caracterizan la experiencia migrante: el irse y el llegar, quizás también el regresar. Ante todo, reproducen a la perfección la idea de un proceso largo, continuado y que se perpetúa en el tiempo.

Entender el proceso de desarraigo pasa por analizar la variedad de condiciones y motivaciones que podían empujar a los diversos perfiles forasteros a migrar y transferir su residencia. La obra dedica una parte entera a la figura del mercader, tradicionalmente considerado como el migrante por excelencia. No obstante, se dibujan también otras figuras migrantes de relevancia. Para el caso de Toulouse, Petrowiste recuerda el caso de los campesinos de los alrededores que buscaban en la ciudad un espacio de libertad, así como el de miembros de la nobleza, que se transferían a la ciudad con la esperanza de entrar en las instancias del poder. A mercaderes, campesinos y nobleza se añaden cortesanos siguiendo siempre los pasos de sus soberanos (Florence Berland, Roxane Chilà), militares como la aristocracia mameluca, móvil y dependiente de las órdenes y necesidades de sus señores (Julien Loiseau) y estudiantes eligiendo una nueva ciudad donde culminar su formación (Élisabeth Mornet, Christophe Gros, Judaicël Petrowiste). Se echan de menos, quizás, más referencias al artesanado, mencionado por Petrowiste a través de la figura del aprendiz, pero que han sido tradicionalmente reconocido como un agente fundamental de movilidad, determinante en la expansión y el desarrollo de la tecnología en la Europa medieval y moderna.

Los planes del migrante y la naturaleza de su traslado condicionaban, y mucho, este largo proceso de desarraigo. En efecto, muchos optaban por mantener lazos estrechos con el lugar de origen, tanto económicos como familiares. Un seguimiento doble, tanto en el lugar de llegada como en el de origen se revela entonces indispensable para percibir los intereses, efectos y estrategias de las experiencias migratorias. Para algunos, la migración era simplemente una decisión pragmática y temporal, como parece claro en el caso de estudiantes y de algunos mercaderes toscanos que estudia Hayez. Para otros, sin embargo, la migración era una obligación impuesta, como apunta Roxane Chilà respecto a algunos de los cortesanos que tuvieron que seguir a Alfonso el Magnánimo a Nápoles, pero que no dudaron en regresar a Cataluña

tras la muerte del monarca. Como bien remarcan los autores mencionados, estos son condicionantes a tener en cuenta, puesto que la proximidad y el contacto con el lugar de origen, la obligación y la conciencia de la temporalidad son elementos que incidían forzosamente sobre los esfuerzos de integración y la aceptación de los migrantes.

En el otro lado de la balanza, estudiar el arraigo, el “enraizarse” del forastero en una nueva sociedad pasa por analizar cómo se canalizaba institucionalmente la llegada de los migrantes y cómo se definía su estatuto jurídico. Los artículos aquí reunidos afirman que no era éste un proceso exclusivamente en manos de las ciudades de acogida. Por lo contrario, las ciudades emisoras y los mismos migrantes podían llegar a contribuir en la regulación institucional de la presencia forastera. Aunque escasos, se recuperan en el libro interesantes ejemplos de cómo los propios migrantes propiciaban la institucionalización de su integración. Así, una aristocracia como la mameluca, de origen extranjero y profundamente móvil, invertía su capital en la creación de fundaciones de asistencia (*waqf*), consolidando su reputación popular y asegurando su influencia (Loiseau). Algo similar ocurre con los castellanos instalados en Bretaña que, en algunos casos, aseguraron su posición en la ciudad a través de la promoción de fundaciones piadosas (Moal).

La perspectiva institucional revela la situación ambigua del forastero, siempre entre circunspección y privilegio, control y protección. Así, las ciudades del Norte de Europa de los siglos VII-XI emergieron como verdaderos refugios jurídicos (*emporía*) a través de los cuales se protegía pero también se controlaba a los forasteros, limitando su penetración en el interior del territorio (Malbos, Lestremeau). Pero la protección del forastero se ejercía también desde su ciudad de origen. Es bien sabido que estructuras como las naciones mercantiles (Valérian) o los colegios de estudiantes (Mornet) mantenían estrechos lazos con las ciudades de las que los forasteros eran originarios. En esta línea, sin embargo, resulta también interesante el estudio de Gionata Tasini, en el que se recuperan los tribunales especiales a través de los cuales Venecia aseguraba la protección jurisdiccional de aquellos venecianos instalados en otras ciudades. Pese a todo, el tono generalmente optimista del volumen no puede obviar que la integración era un proceso largo y con trabas, ya que entre la aceptación y el rechazo se alternaban los intereses mismos de las autoridades locales. Mientras que Toulouse abría sus puertas a los campesinos que huían de las señorías rurales de los alrededores de la ciudad (Petrowiste), Treviso controlaba con firmeza las voluntades e intenciones de los forasteros, imponiéndoles tasas más elevadas, garantizando así que la estancia de los migrantes revertería siempre sobre el bien común, aun cuando acabaran regresando a su lugar de origen (Scherman). En definitiva, se revela a este nivel la importancia fundamental del contexto, de las vicisitudes y necesidades socio-económicas de cada ciudad y de las relaciones entre centro de origen y de llegada en el momento de entender las estructuras que aseguraban o complicaban el camino de la integración. El artículo de Cédric Quertier articula muy bien estas cuestiones, demostrando hasta qué punto las tensas relaciones entre Pisa y Florencia predisponían a las instituciones florentinas en contra de los mercaderes pisanos instalados en la ciudad.

Por otro lado, Quertier plantea también en su estudio una pregunta con la que superar fronteras analíticas y considerar otros aspectos del arraigo forastero. Más concretamente, se interroga sobre el rol e influencia de instituciones como el tribunal *della Mercanzia* de Florencia sobre las emociones y actitudes de la población

hacia los forasteros. Y es que, en efecto, considerar el enraizamiento forastero de manera completa implica combinar el análisis institucional con una reflexión sobre la inserción social real de los migrantes, cuestionando su capacidad para fundirse en las redes de solidaridad familiares, profesionales y vecinales, que marcaban el ritmo de la vida urbana. Siguiendo las pautas de los coordinadores, los autores del volumen retoman este tema de vital incidencia de una manera un tanto pasiva. En efecto, no se ha intentado tanto recrear la articulación de estas redes y los mecanismos de inserción en ellas como presentarlas manifiestamente como estructuras de recepción, con sus resultados más que a través de su funcionamiento. Así, Mornet y Moal describen la posición de estudiantes nórdicos y mercaderes castellanos en el espacio urbano parisiense y de Nantes, respectivamente. Hubert recuerda que los contactos vecinales se revelaban fundamentales si surgía la necesidad de certificar la propia identidad frente a las autoridades. La inserción en una ciudad nueva a través de paisanos o viejos conocidos se destaca para los casos de Treviso (Scherman) y de los mercaderes latinos afincados en el Maghreb (Valérian). Por otro lado, Hayez recuerda que las compañías mercantiles actuaban como útiles plataformas de integración, sobre todo para aquellos migrantes temporales. Salvando las distancias, las cortes borgoñonas de París parecen cumplir un rol similar con respecto a los cortesanos que se amparaban en ellas (Berland). Por otro lado, es evidente que la creación y el uso de alianzas familiares sólo podían asegurar y consolidar la integración de los migrantes, como se ha mostrado aquí para Toulouse (Petrowiste) y los castellanos instalados en Bretaña (Moal). A una escala más individual, Valérian recuerda, retomando la tesis de Roser Salicrú, que el dragomán de las ciudades portuarias del Magreb actuaba no sólo como un corredor y traductor sino como un verdadero mediador cultural que, pese a las limitaciones, garantizaba el acceso de los mercaderes latinos a las redes de sociabilidad locales.

Entre aceptación institucional y absorción social, el tema de la concesión de la ciudadanía no podía faltar en un compendio centrado en los procesos de integración en la ciudad medieval. No obstante, es evidente que la intención de la obra no era reflexionar sobre la ciudadanía *per se*, ya fuera como privilegio, institución o experiencia cotidiana. Así, la ciudadanía medieval emerge aquí, sobre todo, como un potencial recurso que quedaba en manos de los planes e intereses de la ciudad, sus habitantes y migrantes. Así, Toulouse optaba por una política flexible que basaba el reconocimiento ciudadano en la intención de los recién llegados de instalarse y comprometerse con la ciudad (Petrowiste). En un momento de incertidumbre, Ferrante de Nápoles facilitó en 1469 las condiciones de acceso a la ciudadanía napolitana para atraer determinados sectores artesanales (Chilà). Por otra parte, no todos los forasteros estaban interesados en alcanzar la condición ciudadana, porque querían evitar el pago de las tasas ciudadanas y estaban seguros de su permanencia en la ciudad de llegada (Moal, Hayez). Acertadamente, la ciudadanía emerge aquí como un instrumento pragmático que quedaba a merced de los intereses de los principales agentes que conformaban la ciudad medieval. No obstante, una visión más activa de las redes de solidaridad que se mencionaban más arriba –dependiente siempre, evidentemente, de las fuentes disponibles– podría haber ayudado a definir una ciudadanía más compleja, que reposaba en la fama y reputación de buen ciudadano adquirida en el seno del vecindario, a través del esfuerzo profesional y de las alianzas familiares trabadas. Desde esta perspectiva, la ciudadanía emerge sobre todo como un garante de la cohesión urbana y una ins-

titución que regulaba la capacidad integradora de la comunidad local. Al margen de su origen, el ciudadano se convierte en un individuo inmerso en la vida de la ciudad y públicamente reconocido como tal. Dependiendo de la ciudad de estudio, la ciudadanía puede revelarse como un canal de movilidad social y, en consecuencia, como un buen punto de referencia desde el que valorar el éxito o fracaso de los procesos de integración y del intercambio cultural que suponían.

Estas consideraciones permiten regresar a las intenciones y términos del libro *Arriver en ville*, que en ocasiones varias reflexiona sobre la relación entre movilidad geográfica y movilidad social. Establecer tal relación parece lógico, ya que el migrante suele abandonar su hogar con la intención principal de mejorar sus condiciones de vida. Sin embargo, para confirmar esta hipótesis con rigor sería necesario emprender una investigación doble que permitiera valorar cuáles eran las condiciones de vida en el lugar de origen. Parece en exceso aventurado, pues, afirmar, como sí hace Matthieu Scherman, que la movilidad geográfica era una condición necesaria para la movilidad social. Ahora bien, este interés por la movilidad social es uno de los criterios que ha llevado a muchos de los colaboradores de este volumen a insistir sobre el carácter progresivo de la integración urbana en la Edad Media, entendiéndola como un camino de varias etapas. En definitiva, y cómo bien aprecia Patrick Boucheron en su conclusión, el libro cumple con el objetivo de presentar la integración forastera desde su intrínseca temporalidad. A través de contextos varios que empujan al análisis comparativo (pero no lo realizan), la obra consigue la difícil tarea de recrear parte de los diálogos, intercambios y mecanismos continuos que determinaban el dinamismo de la sociedad urbana de la Edad Media. Se trata de un intento por repensar la ciudad medieval y sus estructuras en el que el forastero, sus experiencias, proyectos y problemas se han tomado como instrumento analítico de primer orden. Y es que, como menciona el mismo Boucheron, *si les arbres ont des racines, les hommes ont des projets* (p. 285); y si los árboles inciden, modifican y enriquecen el paisaje, se entiende que ciudadanos y migrantes, sus miedos, sueños y ambiciones remodelen continuamente el entorno urbano.

CAROLINA OBRADORS SUAZO
European University Institute. Florencia

Mateu RODRIGO LIZONDO (ed.), *Col·lecció documental de la Cancelleria de la Corona d'Aragó. Textos en llengua catalana (1291-1420)*, València, Universitat de València, 2013, 2 vols., 1124 pp. (Fonts Històriques Valencianes; 56A-56B). ISBN 978-84-370-9099-3.

La sèrie “Fonts Històriques Valencianes”, de la Universitat de València, es caracteritza per la generositat amb què aplica l'adjectiu “històric” del seu nom. Els lliuraments es mouen en un ampli espectre que va d'allò documental fins a textos literaris i epigràfics. Aquest aspecte “de frontera” té un bon exemple en el llibre que ressenyem, *Col·lecció documental de la Cancelleria de la Corona d'Aragó. Textos en llengua catalana (1291-1420)*. Es tracta d'un projecte dissenyat amb un doble objectiu filològic i històric, dut a terme per un equip de col·laboradors procedents del

món dels arxius, la filologia i la història, i assumit institucionalment per l'Arxiu de la Corona d'Aragó (ACA). L'edició dels documents ha anat a cura de l'historiador Mateu Rodrigo Lizondo (Universitat de València), a partir d'una selecció feta per l'arxiver Jaume Riera i Sans, i la col·laboració prèvia d'un grup de transcriptors format per Lluís Cifuentes, Ramon Pujades, Josep Torró i Antonio José Mira Jódar. El llibre s'obre amb una "Presentació" de Carlos López Rodríguez (ACA) i dos estudis firmats, respectivament, per Rodrigo i pel filòleg Antoni Ferrando (Universitat de València), investigador principal del projecte universitari que n'ha estat l'origen.

La *Col·lecció* està formada per 1003 documents, la major part inèdits, extrets dels registres de Cancelleria de l'arxiu reial de Barcelona, avui a l'ACA. Són cartes reials i documents diplomàtics redactats entre 1291 –accés al tron de Jaume II, el veritable organitzador de la Cancelleria i l'arxiu reials– i 1420 –poc després de la creació de l'arxiu reial de València, quan la presència d'escriptors valencians i aragonesos a la Cancelleria comença a ser significativa. Els textos es reparteixen proporcionalment: a cada dècada li'n correspon un mínim de 70. Un recull, doncs, delimitat quant a la tipologia documental i l'estructuració cronològica, per tal que les dades siguin immediatament contrastables. Pel que fa als criteris d'edició, s'ha descartat la transcripció diplomàtica, innecessària amb la digitalització dels registres en curs al portal PARES; els criteris són els habituals d'"Els Nostres Clàssics", amb alguna excepció justificada per la pràctica cancelleresca, per exemple el manteniment dels contractes "del" i "al" davant de vocal.

L'objectiu filològic de la *Col·lecció* és oferir un repertori de materials per a l'estudi del català de la Cancelleria reial. Com és sabut, els usos d'aquesta escrivania van derivar en un model de llengua i un estil de característiques força uniformes, entre les quals se sol recordar el caràcter supradialectal i la influència de la sintaxi i el lèxic llatinitzants. A causa de l'abast administratiu de la institució i el prestigi associat al poder del qual emanava, aquell model es va convertir en un referent per a altres escrivanies i es va estendre a la producció literària a través de funcionaris com Jaume Conesa i, sobretot, Bernat Metge.

Fins aquí la teoria diguem-ne oficial sobre el pes de la llengua cancelleresca en els textos catalans, popularitzada per investigadors com Martí de Riquer o Joan Coromines, i recolzada en l'obra de Metge i l'antologia d'Antoni Rubió i Lluch, *Documents per l'història de la cultura catalana mig-aval* (Barcelona, 1908-1921). Davant d'aquestes veus se n'han aixecat d'altres que adverteixen contra la reducció del panorama d'usos lingüístics que implica. Els seus arguments es troben ara resumits en un article de Francesc Feliu, Joan Ferrer i Narcís Iglésias, *Entre el mite i la realitat. La llengua de la Cancelleria reconsiderada*, inclòs al primer volum de la "Miscel·lània Joaquim Molas" (Barcelona, 2008). Els autors hi denuncien la mitificació que ha patit el concepte de llengua cancelleresca, originat a principis del segle XX per la necessitat d'un grup de lingüistes, encapçalat per Pompeu Fabra, de validar una norma amb un referent clàssic i nacional. Mitificació que, en general, no ha anat acompanyada d'estudis sobre les característiques, l'evolució i la vigència de la *koiné* lingüística que hauria comportat la llengua cancelleresca.

Arribats a aquest punt, la primera gran aportació de la *Col·lecció* que resenyem és proporcionar la base per a futurs treballs de lingüística sincrònica i diacrònica, perquè, com hem vist, es basa en una tria homogènia i representativa de

materials, encara que un tractament informàtic de les dades hauria aplanat el camí. La segona aportació consisteix a subratllar una distinció bàsica: no s'ha de confondre la llengua cancelleresca amb la norma cancelleresca. El concepte de norma permet analitzar el procés de formació d'un model de llengua administrativa i literària, tenint en compte qüestions culturals com les modes i el prestigi institucional. El que s'observa a la Cancelleria des de Jaume II i, sobretot, del Cerimoniós és l'opció progressiva per uns trets lingüístics i unes normes de redacció, així com l'aplicació de formes de control que s'institucionalitzen amb la creació, el 1355, del càrrec de protonotari, que té cura de la revisió final dels documents. Com que no conservem manuals que indiquin quins criteris de control lingüístic i estilístic s'aplicaven durant el complex procés de redacció, ni se'n poden considerar un substitut les famoses *Regles d'esquivar vocables*, compilades per l'arxiver reial i escrivà de manament Pere Miquel Carbonell, les correccions coetànies al marge i a la interlínia dels textos ofereixen una valuosa informació, recollida a l'aparat de notes del llibre.

La temàtica dels documents de la *Col·lecció* és volgudament diversa, a fi de demostrar el caràcter de norma que va tenir la llengua de Cancelleria, fos quina fos la matèria tractada, però també perquè la recopilació té un segon objectiu de caràcter històric: recollir una mostra significativa dels negocis tractats a la Cancelleria durant 130 anys. Les àrees temàtiques contemplades es classifiquen, segons el grau de presència de més a menys alt, en: govern interior, campanyes militars, assumptes de caràcter familiar reial, afers domèstics i personals de la casa dels reis, qüestions eclesiàstiques, judicials, econòmiques i culturals. Els documents reflecteixen rutines administratives, aspectes poc coneguts sobre alguns grans temes de la política nacional i internacional, dades sobre àmbits molt específics, etc., amb una anotació contextualitzadora mínima. Fer-ne una tria dependrà del gust de cadascú, perquè, més enllà dels objectius declarats dels curadors, som davant d'una antologia que farà les delícies de qualsevol lector mínimament interessat en la història i la cultura del país. Esperem veure-la acompanyada ben aviat d'una segona part promesa sobre el període 1421-1516, en què, entre d'altres coses, es produeix el divorci entre la llengua cancelleresca i les modes literàries.

MARIA TOLDRÀ I SABATÉ
Biblioteca de Catalunya (Arxiu)

Brigide SCHWARZ, *Kurienuiversität und stadtrömische Universität von ca. 1300 bis 1471*, Leiden-Boston, Brill, 2013, 923 pp. (Education and society in the Middle Ages and Renaissance; 46). ISBN 978-90-04-23589-2.

Esta obra representa la culminación de una larga carrera dedicada al estudio de la Iglesia y del papado por parte de quien fue profesora de Historia Medieval en la Universidad de Hannover. Schwarz reconstruye la historia de las dos universidades nacidas en Roma cuyas trayectorias estuvieron entrecruzadas o bien discurrieron en paralelo: de una parte, la curial o pontificia, desarrollada al amparo de la curia romana desde su fundación por Inocencio IV en 1245 o 1246, y de otra, la cívica o municipal, surgida más tarde a iniciativa de las autoridades del municipio romano, que en cierto

modo podría ser considerada extensión de la primera. De hecho, ambas universidades acabaron fusionándose en el siglo XVI.

El estudio cubre el periodo menos conocido de la historia de esas dos instituciones universitarias, esto es, desde principios del siglo XIV hasta finales del siglo XV. Este periodo resulta bastante azaroso para la historia de la universidad pontificia, pues ésta siempre estuvo acompañando a la curia en sus desplazamientos; la larga estancia del papado en Aviñón dio pie a una relación simbiótica con la universidad de esa ciudad. La universidad municipal, fundada en época de Bonifacio VIII, mantuvo relaciones con la pontificia, que pudieron ser más estrechas o menos dependiendo de la proximidad o lejanía respecto a esta última. En la época de los Grandes Concilios (Pisa, Constanza, Basilea), el sostenimiento de los estudios universitarios fue asumido por los padres conciliares. Todos esos cambios de ubicación y vaivenes políticos seguramente fueron en detrimento de la consolidación de las universidades romanas, que aun siendo de segunda fila hicieron esfuerzos por intentar alcanzar el mismo prestigio de otras universidades más importantes, cosa que casi habrían conseguido en determinados momentos.

Como advierte la autora, hasta ahora era muy poco lo que se sabía de esas dos universidades. Para llevar a cabo su estudio, Schwarz ha necesitado consultar un gran número de fuentes, comenzando por las que custodia el Archivo Vaticano, sobre todo los registros de Suplicaciones y los *rotuli* o constituciones papales (hay que destacar el fino análisis del que hace gala la autora cuando se enfrenta a la sofisticada diplomática de la Cancillería papal) y siguiendo con otros fondos archivísticos romanos. También ha recurrido a fuentes secundarias o colecciones, como el denominado *Repertorium Germanicum* (9 vols.), en cuya confección trabajó la propia autora, y otros datos recogidos en los papeles de quien fue su mentor, Hermann Diener, conservados en el Instituto Germánico de Roma. Esas fuentes han arrojado mucha luz sobre la historia de esas dos instituciones y han suministrado numerosos datos prosopográficos con vistas a la identificación de los profesores y estudiantes que hicieron carrera en una u otra universidad, por lo menos desde 1378. Asimismo, la autora ha recurrido a las ediciones de fuentes producidas por las órdenes mendicantes, dada la implicación de éstas en la promoción de los *studia generalia* y al hecho de configurar una especie de agregación a la universidad pontificia. Con todo, la autora considera que sólo ha podido desbrozar el tema y que haría falta proseguir la investigación a partir de la consulta de nuevas fuentes.

Sin contar la introducción, en la que Schwarz hace un repaso crítico a la historiografía existente y a las fuentes que fundamentan su estudio, la obra se compone, básicamente, de tres partes: la primera aborda la historia de ambas universidades en dos etapas, hasta el final del Gran Cisma y, seguidamente, hasta la muerte del papa Pablo II (1471). La segunda versa sobre diversos aspectos relacionados con la organización y la vida universitaria, comenzando por el marco legal (privilegios, estatutos), y continuando con otras cuestiones referidas al personal (cargos, profesores), las facultades y la enseñanza impartida en ellas, los grados de promoción...; aplicando más o menos el mismo esquema para una y otra universidad, primero para el caso de la municipal y luego para el de la pontificia. En la tercera parte se pasa revista a determinados privilegios y disposiciones, comenzando por el *studium Urbis* de Bonifacio VIII, y siguiendo con otras disposiciones de carácter jurídico-legal, incluido un apartado centrado en el papel desempeñado por las órdenes mendicantes.

La obra de Schwarz aporta muchísima luz a la historia de esas dos instituciones. La universidad pontificia nació a partir del deseo de ofrecer estudios, tanto a los oficiales y personal de la administración papal como a los visitantes que hacían estancias más o menos largas en la curia por asuntos diversos. Bonifacio VIII, en su proyecto de ampliación y reforma de la universidad creada por Inocencio IV, tuvo que tratar con las autoridades comunales de Roma. Como decíamos, este hecho explica que la universidad municipal naciera como una extensión de la pontificia, pero mientras ésta fue itinerante, aquella otra se mantuvo en Roma, bajo la protección del clan de los Orsini.

Durante el pontificado de Juan XXII, la universidad pontificia se afianzó como lo que ya era desde un principio, esto es, como facultad de teología, mientras que la universidad municipal de Aviñón ofrecía el resto del programa de estudios, aunque destacaba en el ámbito del derecho. La expansión, en esa época, del sistema benefical (y fiscal) sirvió para atraer visitantes a la curia de muchos más lugares y también más distantes, lo que incrementó el número de clérigos interesados en cursar estudios en la ciudad de los papas de la mano de profesores procedentes del sur de Francia e Italia.

También la universidad municipal de Roma tendió a potenciar los estudios de leyes, especialmente los de derecho romano. Pese a ser una universidad menor (en comparación, por ejemplo, con la de Perugia), las autoridades comunales se preocuparon por mejorar su situación, y prueba de ello fueron los estatutos aprobados en 1360. En vigiliass del Cisma, esta universidad estaba en vías de poder competir con otras universidades italianas. También la universidad de Aviñón pudo prosperar durante el mismo periodo de tiempo, aunque seguían siendo mejores las universidades de Montpellier y Toulouse.

A raíz del Cisma de 1378, todo se complica aún más por la división de la Cristiandad en dos obediencias. La autora ha optado por dejar de lado la universidad vinculada a la corte pontificia de Aviñón (los trabajos de Jacques Verger se centran en el desarrollo de la universidad municipal), aunque, como reconoce la autora, existe documentación de sobras para su estudio. Las de Roma (papal y comunal) al parecer se mantuvieron separadas, pese a los intentos de Inocencio VII por volver a asociarlas. Bajo este pontificado se optó por la introducción de estudios clásicos o de interés humanístico, que con el tiempo irían ganando mayor peso. En tiempos de Martín V, ambas universidades romanas volvieron a quedar asociadas, y prueba de ello es la existencia de un único rector, que además acostumbró a ser francés. Un nuevo modelo de financiación, basado en el establecimiento de una gabela o impuesto sobre el vino, permitió contratar profesores de mayor categoría. Sin embargo, la época de Eugenio IV se caracterizó por disputas con el municipio, que desembocaron en la huida del papa de la Ciudad Eterna en 1434, a lo que siguió una nueva disociación de las dos universidades y el consiguiente retorno a la itinerancia de la curia papal por diferentes ciudades italianas (Florencia, Boloña, Ferrara, Siena) que ya eran sedes universitarias. Por otra parte, los padres reunidos en el concilio de Basilea intentaron establecer una universidad, dotándola de tres facultades, esto es, con estudios de teología y en ambos derechos. Con el retorno del papa a Roma, se restableció la asociación de las dos universidades, pero a partir de aquel momento fue la municipal la que ganó mayor peso frente a la papal. Una hermandad (la Compagnia del SSmo Salvatore en Laterano)

pasó a gestionar la economía de la universidad municipal, bajo el patrocinio del clan aristocrático de los Capranica. Los estudios más demandados eran los de derecho civil (útiles para conseguir determinados puestos en la administración), pero ello coincide asimismo con el auge de las disciplinas humanistas, que estaban más de moda. En esta época también se detecta la presencia de estudiantes procedentes de zonas distantes de Europa.

Tal es, a grandes rasgos, la historia de las dos universidades a partir del estudio altamente erudito de Schwarz. Ni que decir tiene, tanta erudición exige poseer amplios conocimientos sobre el mundo de las universidades medievales y sus complejas formas de organización, por ejemplo, cuando la autora contrapone ciertos aspectos de las dos universidades romanas al diferente modelo universitario del norte. Por otra parte, la cuestión idiomática no tiene por qué constituir una barrera infranqueable a la hora de acudir al libro, escrito en alemán, pues se puede recurrir al extenso resumen en inglés incluido en la misma obra.

En los anexos figuran varias listas que pueden tener gran interés para muchos estudiosos de la Iglesia: la primera contiene 289 entradas de personas que fueron miembros de la universidad municipal en forma de *biogramas*, entendiendo por esto el acopio sintético de diferentes tipos de datos relativos a la carrera beneficiaria y estudios de cada biografiado; la segunda ofrece hasta 420 entradas de personas vinculadas a la universidad pontificia; la tercera lista se compone de 215 *biogramas* que han sido compilados por la historiadora Christiane Schuchard, en este caso de individuos procedentes del Sacro Imperio Germánico y Polonia, para el periodo 1378-1471. Qué duda cabe, estas listas constituyen un auténtico filón para todos aquellos que estén interesados en los estudios prosopográficos o, simplemente, en seguir la pista a algunos clérigos; así, por ejemplo, en relación con el marco eclesiástico de la Corona de Aragón, hallamos regestadas una cincuenta de personas, con aporte de muchos datos total o parcialmente inéditos.

JORDI MORELLÓ BAGET

Institución Milà i Fontanals, CSIC. Barcelona

Hélène SIRANTOINE, *Imperator Hispaniae. Les idéologies impériales dans le royaume de León (IXe-XIIIe siècles)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012, 494 pp. (Bibliothèque de la Casa de Velázquez; 58). ISBN 978-84-96820-85-2.

A partir del siglo IX en buena parte de los diplomas privados astur-leoneses, los monarcas son calificados como *imperator*. En el siglo XI, Alfonso VI asumió esta denominación en primera persona, aportándole una transcendencia peninsular al intitularse *imperator totius Hispaniae*, pero será su nieto, Alfonso VII, quien desarrolle la idea imperial partiendo de su coronación como *imperator* en 1135 y aumentando los vectores de difusión de esta ideología. Este fenómeno del *imperium* hispánico es, tal vez, uno de los aspectos que mayor debate historiográfico ha suscitado entre los estudiosos de la realidad ibérica medieval. Su estudio se inició en la década de los años veinte del siglo pasado, pero la publicación de la obra Menéndez Pidal enardeció el debate, creando un mito historiográfico que se ha mantenido durante décadas. La

joven historiadora francesa, autora del libro comentado, partiendo del mayor conocimiento de las fuentes medievales que se tiene en la actualidad y desprendiéndose de la ideología del contexto político en que se desarrolló la mayor parte del debate, propone una nueva mirada hacia este tema elaborando una síntesis del fenómeno imperial y planteando una reflexión sobre sus modalidades como procedimiento de legitimación de la monarquía. Sirantoine es consciente de la fuerte mitificación de la idea de imperio hispánico medieval y, por ello, inicia su obra revisándolo y desmitificándolo.

Imperator Hispaniae. Les idéologies impériales dans le royaume de León (IXe-XIe siècles) es un libro sólido, sistemático, construido sobre el exhaustivo análisis léxico-semántico de un amplio, heterogéneo y complementario corpus documental integrado por fuentes diplomáticas, narrativas, iconográficas y numismáticas de distinta procedencia; lo que permite obtener una visión poliédrica y rica en matices sobre este fenómeno. Así, los diplomas emitidos por la monarquía leonesa entre los siglos IX y XIII, permiten observar el planteamiento ideológico y descubrir la imagen que los emperadores quisieron construir de sí mismos. Los documentos de los otros monarcas peninsulares, cristianos y musulmanes, muestran cómo percibían la figura imperial. Al mismo tiempo, las cartas privadas ponen de relieve cuál fue el nivel de difusión de la idea de imperio, dentro y fuera del reino leonés. La utilización de fuentes europeas es un recurso importante para descubrir cómo se concebía la figura del *Imperator Hispaniae* más allá de los Pirineos, donde los modelos carolingio y germánico eran próximos. Además, la iconografía y numismática fueron los recursos más elaborados que los soberanos leoneses utilizaron para difundir su ideología imperial y que son analizados como muestra del desarrollo de este fenómeno.

Sobre este sustrato, Hélène Sirantoine ha estructurado su libro en tres partes en las que desgrana el nacimiento, la evolución y el fin de la idea del imperio hispánico.

En la primera de ellas analiza el nacimiento de la idea imperial en el siglo IX. Estima que en este periodo la idea de imperio es una práctica balbuceante que responde a la voluntad de resaltar el poder regio. Tras analizar las diferentes propuestas de modelo seguidas por los monarcas astures y diseccionar el campo léxico del *imperium*, supone que la introducción del concepto original del *regnum-imperium* en la datación de varias cartas privadas es marginal y que, mayoritariamente, responde al capricho del escriba, que lo utiliza como mecanismo para destacar la autoridad del monarca. A pesar de la importancia del cambio dinástico y de la “leonización” de la figura de Fernando I, concluye que las fuentes anteriores a 1065 no permiten confirmar la existencia de una ideología imperial leonesa que supusiera la supeditación de los reinos cristianos peninsulares al soberano de León, ni la institucionalización de una función imperial.

“Los primeros ensayos. Alfonso VI, Urraca y Alfonso I el Batallador. *Imperatores hispaniae*” es el título de la segunda parte. En ella la autora analiza la labor fundamental de la cancillería de Alfonso VI en la elaboración de la idea de imperio, ya que comienza a intitular a don Alfonso como *imperator Hispaniae*, reflejando de este modo el programa de expansión panhispánica de su poder, conseguida gracias al aumento de su influencia sobre los reinos taifas y a la sumisión del rey navarro, y expresando la supremacía del monarca cristiano castellano-leonés sobre la Hispania. Esta primitiva cancillería ligó además la figura del monarca a la conquista de Toledo,

lo que vinculaba su imperio a una idea neogoticista. Se hija feminizó el título, intitúlándose *imperatrix* en algunos de los diplomas, pero en el contexto de la guerra civil con su esposo éste se apropió del título hasta la paz de Támara, potenciando además su significación bélica. La autora señala que este azaroso reinado, por una parte supuso un retroceso en la construcción ideológica del concepto de imperio, pero por otra permitió su supervivencia.

El reinado de Alfonso VII representa una recuperación y potenciación del imperio, aunque también supone su fin. Don Alfonso asumió el título que empleaba su abuelo de *Imperator totius Hispaniae* al tiempo que ponía en marcha una potentísima maquinaria propagandística destinada a fortalecer el poder monárquico a través de la creación de una sólida ideología imperial; partiendo de la puesta en escena que representaba la controvertida ceremonia de coronación imperial de 1135, y de la ardua y elaborada labor de “imperialización” llevada a cabo por la cancillería y por la “diversificación de vectores” de comunicación que la difundieron con gran éxito en su tiempo y tras su muerte.

En los últimos años, y sin duda realizadas de manera simultánea a este trabajo, han sido publicadas varias obras en las que se analizan diferentes aspectos tratados por la historiadora francesa, como la construcción de la memoria de la monarquía medieval o el papel de la nobleza en la división del imperio, además de otras cuestiones centradas en el Reino y el Imperio en la época de Alfonso VII, que serán publicadas con brevedad¹; lo que demuestra la viveza del interés que suscita la construcción ideológica de su reinado.

La obra de la doctora Sirantoine es una importante aportación al estudio de esta particularidad de la Historia medieval hispánica, asentada sobre un sólido y escrupuloso análisis de las fuentes que permite conocer mejor la construcción ideológica de la monarquía leonesa medieval que aún hoy es un tema abierto al debate.

INÉS CALDERÓN MEDINA
Universidad de las Islas Baleares

María Isabel del VAL VALDIVIESO, Juan Antonio BONACHÍA (coords.), *Agua y sociedad en la Edad Media hispana*, Granada, Universidad de Granada, 2011, 451 pp. ISBN 978-84-338-5463-6.

Desde hace más de diez años, el agua es el objeto de estudio de un grupo de investigación de la Universidad de Valladolid dirigido por M.I. del Val. El resultado es una abundante y sólida producción de la que este libro es un buen exponente. El libro

¹ Nos estamos refiriendo a: Pascual Martínez Sopena, Ana Rodríguez López (coords.), *La construcción medieval de la memoria regia*, Valencia, Publicacions Universitat de València, 2011, 465 pp. ISBN 978-84-370-8195-3. Inés Calderón Medina, *Cum magnatibus regni mei. La nobleza y la monarquía leonesas durante los reinados de Fernando II y Alfonso IX de León*, y la tesis doctoral defendida en la Universidad de Salamanca en septiembre de 2012 de Sonia Vital Fernández, *Reino e Imperio: Poder, negociación y articulación interior en época de Alfonso VII*, que pronto será publicada.

se centra preferentemente en el solar hispano y su cronología es mayoritariamente bajomedieval, pero una de las virtudes que tiene es la de abrirse a la comparación, incorporando referencias al periodo islámico o colaboraciones sobre espacios limítrofes, como la Francia del sur o Portugal.

La primera parte del libro, “El agua entre la norma y la técnica”, se abre con sendos estudios de los coordinadores sobre la presencia del agua en textos legales. Las Partidas, en el caso de J.A. Bonachía y la normativa foral castellana en el caso de M.I. del Val. Sin ser el objeto específico de estos textos, las menciones al agua son variadas y abundantes, como corresponde a su centralidad en las actividades de la propia vida. Los autores revisan esta presencia exhaustivamente, con especial atención a los beneficios que se obtienen del agua y a los conflictos que de ella se derivan. Así, para las Partidas se revisan aspectos como la propiedad y usos comunes de las aguas, las modificaciones ocasionadas por las crecidas fluviales o los daños del agua en bienes ajenos. En el caso de los fueros, una de las apariciones más significativas del agua es como elemento de delimitación, aunque también se recogen su consideración de bien común o cuestiones relativas al aprovechamiento fluvial, a los peligros que el agua entraña e incluso a su utilización en la práctica judicial.

Los textos dedicados a cuestiones técnicas comienzan con la revisión de F. Bueno, sobre obras hidráulicas medievales, con una especial atención a la comparación con la tradición constructiva romana y las diferencias observadas.

Con la aportación de F. Granero el libro se abre a un enfoque interdisciplinar. El texto se centra en la función del agua en la arquitectura monástica y en la construcción de sistemas de abastecimiento y riego. A destacar, la incorporación de elementos de cálculo, propios de su formación como arquitecto.

Por último, V. Pérez presenta un interesante estudio sobre el empleo de ingenios hidráulicos para la medida del tiempo en la Antigüedad y la Edad Media, que arranca desde su nacimiento en el Egipto Antiguo y concluye con un análisis detallado y una reconstrucción de las clepsidras descritas en el *Libro de los relojos*, del escriptorio Alfonsí.

La segunda parte del libro, “Los beneficios del agua”, recoge una serie de estudios de caso sobre el aprovechamiento del agua y las dificultades que ello conlleva, en ocasiones importantes. Es el caso de Toledo, analizada exhaustivamente por R. Izquierdo: desde la utilización del agua del Tajo para consumo humano, el riego o usos industriales, hasta el papel que juega el almacenamiento de agua de lluvia o la explotación de aguas subterráneas.

E. Jiménez trata el abastecimiento en Madrid para desmontar de modo convincente una tradición sobre la amplia utilización de *qanats* en época islámica. En su lugar, apunta a la existencia de pozos de captación y a una más modesta red de caños desde los manantiales, dedicados esencialmente al riego.

El espacio andalusí toma cuerpo a través del trabajo de J. Brufall, que estudia las transformaciones en el paisaje agrario operadas en Lérida mediante la aplicación de técnicas hidráulicas, en aras de intensificar la producción. El autor demuestra un gran conocimiento de los distintos sistemas agrarios de su distrito rural, pero también de las evoluciones sociales, lo que enriquece considerablemente su perspectiva.

La privatización del agua y su función como marcador distintivo es estudiada por M. Fernández, para la Sevilla del s. XV y XVI, mediante las donaciones

regias de agua a nobles y conventos para ennoblecimiento de sus palacios. A destacar que muchos de los derechos que estos adquieren provenían de concesiones originarias a familias conversas, obligadas a venderlos por sus relaciones problemáticas con la inquisición.

J. Rodríguez aborda la constitución del sistema hídrico en la Vitoria medieval y los conflictos generados por el uso del agua, provocados por las concesiones a particulares en la misma construcción de la traída de aguas desde aldeas cercanas, o por los derechos particulares esgrimidos por el monasterio de Santo Domingo sobre el río Zapardiel, en pugna con el concejo.

D. Menjot cierra este apartado aportando una visión complementaria que pone en perspectiva el conjunto de obras hidráulicas emprendidas por los concejos castellanos, y los mecanismos para su financiación. Una actividad que comparativamente aparece en Castilla de manera tardía, pero que conocerá un gran desarrollo desde la segunda mitad del XV.

En la última sección del libro, “El aprovechamiento de los cursos de agua”, los conflictos en torno a la jurisdicción y los derechos de pesca actúan como hilo conductor. La sección cobra especial interés porque permite la comparación entre tres espacios diferenciados. M. Arízaga se ocupa del enfrentamiento entre los concejos de Motrico y Deva por la jurisdicción de la ría, en el País Vasco. M. Garcez analiza las demandas al rey para pescar libremente en los ríos portugueses, frente a los derechos concedidos a entidades monásticas. Por último, M. Bochaca explica la conflictividad en torno a la pesca en el Nive, en Bayona.

En suma, más allá de la dificultad de ofrecer una discusión detallada de todos los textos que componen este volumen, cabe señalar que el lector encontrara en él una visión muy completa del conjunto de problemas vinculados al agua en el medievo ibérico, particularmente en su vertiente urbana. La diversidad de los espacios abordados, con sus condicionamientos ecológicos particulares, permite además adquirir una amplia panorámica tanto de similitudes como de diferencias. En este sentido, el libro se muestra como un excelente continuador de un trabajo muy consistente del que se esperan nuevas aportaciones en años venideros.

HIPÓLITO RAFAEL OLIVA HERRER
Universidad de Sevilla

RESEÑAS CONJUNTAS

LAS ENTRADAS DEL REY MARTÍN I EL HUMANO (1402) Y DE FERNANDO I DE ANTEQUERA (1414) EN VALENCIA¹

Desde hace poco menos de una década, la Universitat de València publica la colección “Fonts Històriques Valencianes” que pone al alcance del interesado textos fundamentales para la historia y la cultura medievales en la antigua confederación catalano-aragonesa. Dentro de la colección se publica la serie “Documents de la pintura valenciana medieval i moderna”, cuyos volúmenes II i IV se dedican a la transcripción íntegra de los libros de cuentas que recogen los gastos realizados en las solemnes entradas del rey Martín I el Humano (1402) y de Fernando I de Antequera (1414), que son de una minuciosidad que permite ofrecer nuevas luces sobre la organización de uno de los ritos cívicos más importantes de la época tardomedieval: la entrada real, que en ambos casos corre a cargo íntegramente del municipio, por ello los costes están detalladamente pormenorizados y por ello también resultan ser actos más fastuosos que los precedentes, cuando eran organizados exclusivamente por los gremios artesanales, aunque con el apoyo puntual de la ciudad. La documentación de tales solemnidades valencianas había sido publicada parcialmente por Salvador Carreres Zacarés (*Ensayo de una bibliografía de los Libros de Fiestas celebradas en Valencia y su antiguo Reino*, Valencia, 1925), cuyos extractos, aunque permitían hacerse una idea de la importancia de los fastos, no daban cuenta del detalle ni del sentido general que los libros completos ofrecen.

Los editores del *Llibre de l'entrada del rei Martí* destacan la participación de artistas plásticos de la categoría de Marçal de Sas, Pere Nicolau, Gonçal Peris Sarrià o el florentino Gherardo Starnina en la realización de los espectáculos con que la ciudad agasajó al rey, a la reina y a la esposa de su hijo, Blanca de Navarra. Éstos se centraron, por un lado, en los aparatos celestes montados en la Puerta de Serrans y en el Portal Nou, con descensos angélicos para recibir e introducir a los reyes en la ciudad, una temprana muestra de la sacralización de la monarquía que se operaba a fines del Medioevo como legitimación divina del poder del soberano². Por otro lado, tras cruzar el umbral, asistirían al desfile de carruajes espectaculares en sus respectivas entradas el 28, 29 y 30 de marzo de 1402. Uno de ellos era el carro

¹ Joan Aliaga, Lluïsa Tolosa, Ximo Company (eds.), *Documents de la pintura valenciana medieval i moderna. II: Llibre de l'Entrada del rei Martí*, Valencia, Publicacions de la Universitat, 2007, 433 pp. (Fonts històriques valencianes; 28). ISBN 978-84-370-6713-1.

María Milagros Cárcel Ortí, Juan Vicente García Marsilla (eds.), *Documents de la pintura valenciana medieval i moderna. IV: Llibre de l'entrada de Ferran d'Antequera*, Valencia, Universitat de València, 2013, 513 pp. (Fonts històriques valencianes; 57). ISBN 978-84-370-9085-6.

² Así lo desarrollamos en nuestro libro *A cos de rei* (Valls, Cossetània 2010), pp. 91-94.

del Paraís Terrenal donde se instalaban diversos árboles, uno sin duda el árbol del pecado, cargado de manzanas, con las que la serpiente de la Tentación debía seducir a Eva. Otros árboles tenían pájaros de madera atados a sus ramas con alambres y provistos de cierto mecanismo que les ponía en movimiento mientras se chiflaban ruiseñores de barro. También intervenía, claro está, un ángel querubín armado con la espada llameante de la expulsión, y Jesús (Dios) con guantes, diadema, cabellera y libro, amén de cinco ángeles cantores y los profetas Elías y Enoch.

Parece ser que se necesitaron dos carros para la representación de la Gloria Mundana, que a nuestro entender es un verdadero Triunfo de la Fama de corte petrarquesco, donde se disponía un trono de madera forrado de pan de oro en el que iba el chanfre del rey Antoni (seguramente Sanç, músico áulico también conocido como *Antonet dels òrguens*) que interpretaba el personaje de la Gloria, vestido con una túnica dorada, zapatos de oropel, corona y título de latón sobre el pecho, además de una peluca rubia para subrayar la naturaleza femenina de la Fama. Flanqueaban los carros, siguiendo el deslumbrante paramento de la Fama, actores disfrazados de Papa, emperadores, reyes, reinas y caballeros, así como otros en guisa de célebres personajes de la historia y la literatura: de Salomón y Semiramís a Saladino, de Aristóteles a Virgilio, de Jasón y Medea a Lancelot y Ginebra o Tristán e Isolda. Tras el *castell* del *deo Amoris* que los peleteros de Barcelona ofrecieron a Martín en 1397, éste era el segundo triunfo petrarquesco que se escenificaba en una entrada real. El tercero, el de la Muerte, se lo ofrecerían a Fernando en su entrada a Barcelona (1412)³.

Lo cierto es que en la entrada de Martín se rompieron la mayoría de los carros espectaculares y por la noche hubo que repararlos y reforzarlos para las entradas siguientes de la reina y de la nuera. Ésta última contó además con una nave de artificio que concurrió en el carro a ella dedicado: el de la Isla de Sicilia, el nuevo reino que estrenaría al desposarse con Martín el Joven. Un espectáculo que incluyó volcanes en acción (el Etna y el Strómboli) en la reproducción de la isla rodeada de mares pintados.

Por lo que atañe al *Llibre de l'entrada de Ferran d'Antequera*, sus minuciosas cuentas nos permiten vislumbrar el aspecto más fascinante de estas ceremonias: los rutilantes entremeses que desfilaron por las calles de la ciudad con una clara significación política y simbólica. Los editores identifican bien el largo proceso de elaboración de los carruajes que empieza el último día de 1412, se interrumpe a mediados de 1413 por la revuelta del conde de Urgel y el asedio de Balaguer, se continúa puntualmente en febrero de 1414 y se reanuda en octubre del mismo año hasta la definitiva entrada del rey (23-XII), de la reina (24-XII) y del primogénito (7-II-1415).

A la vista de la documentación completa que proporciona el *Llibre*, y como bien señalan los editores, hay que corregir la hipótesis que yo mismo formulaba hace veinte años, en el sentido de que no fueron seis entremeses los que ofreció la ciudad al rey, sino cinco. Pero, atención, tres de ellos requirieron dos carros cada uno, a causa de su complejidad. Y si, en efecto, la documentación habla de 5 entremeses, también

³ Francesc Massip, *Huellas de Petrarca tras los espectáculos de entrada real en la confederación catalano-aragonesa (1397-1414)*, "Annali di Storia moderna e contemporanea" 17 (2011 [2012]), pp. 7-32.

señala que se usaron 8 carros para transportarlos. El primero (*El Verger*) y el segundo (*La Torre*) de los entremeses estaban relacionados y podrían hacer referencia a la *Divisa del senyor Rei* que se mencionaba en los preparativos iniciales de los carros. El Vergel mostraría a la Virgen rodeada de jarras y lirios, y con la presencia de un grifo, elementos que constituían el emblema de la hermandad caballeresca que fundó Fernando: jarras y lirios, en remembranza del primer Gozo de María, la Anunciación; el grifo como el “más fuerte de los animales”, signo de la fortaleza en el amor a Dios y a su Madre que ha de caracterizar a los miembros de la Orden de las Jarras y el Grifo⁴. Pues bien, de la documentación se desprende que la Virgen ordenaría al ángel que se presentase ante el personaje del infante/rey, que estaba en un trono en el entremés de la Torre, para hacerle entrega del collar de la Orden con sus divisas. Los dos carros que compondrían este entremés estarían conectados por el recorrido aéreo del ángel que mediante el artilugio de la nube se desplazaría desde el cielo hasta la morada del rey, al parecer sostenida por una especie de cariátides o *bastaixs*. El solio real estaría “en la *alcubla*”, palabra de significado desconocido, que debe referirse a un elemento constructivo de ascendencia árabe, posiblemente cupulado, en relación con el sagrado “alquible” que aparece en el *Tirant* i en el *Spill*, como recoge el *DECLC* de Corominas. La representación haría referencia, pues, a la institución de la Orden de las Jarras y el Grifo, y se parece sospechosamente a un espectáculo que se preparaba para la coronación en Zaragoza (febrero de 1414) que, como recoge Roser Salicrú, el nuevo rey no vio con buenos ojos: *En çò que-ns feu saber que havieü per acordat fer entremès que la Verge Maria fos davant nós ab certs altres entremeses e que un àngel devallàs d’alt per servir a nós, a nós no plau ne volem que tal entremès se faça, com no seria cosa digna*⁵.

El tercer entremés se suele llamar *de les 7 cadires* y todo parece indicar que también requirió dos carruajes: en uno habría *la roda de les 7 planetes* (p. 249), representación donde se figuraría el universo precopernicano, el cosmos conocido en la época y que incorporaría las personificaciones del Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Saturno y Júpiter, cada uno instalado en un escabel dispuesto en los radios de la rueda. Hay que suponer que una personificación de la Tierra se situaría en el centro de la Rueda, asociada a un torno y mecanismo que imprimiría algún tipo de movimiento. El otro carruaje, que haría juego con los siete planetas, mostraría una rueda con siete sillas donde se sentaban siete mozos que representaban a los siete hijos del rey, un entremés familiar que vendría a exaltar la numerosa descendencia de Fernando de Antequera y Leonor de Albuquerque que alejaba el peligro de extinción dinástica que había padecido Martí el Humano y antes su hermano Joan I. Rimando con la rueda de los planetas, esta otra rueda de exhibición de la camada tendría en el eje *la cadira major del rey d’or fi* (p. 342). Así como la Tierra era el centro del universo en la rueda cósmica, el soberano se situaba en el centro de la familia, rigiendo los destinos de la casa Trastámara.

⁴ Francesc Massip, *Imagen y espectáculo del poder real en la entronización de los Trastámara (1414)*, en Falcón, Isabel (ed.), *El Poder Real en la Corona de Aragón (siglos XIV-XVI). Actas del XV CHCA (Jaca 1993)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1996, tomo I, vol. 3, pp. 371-386.

⁵ Roser Salicrú, *La coronació de Ferran d’Antequera: l’organització i els preparatius de la festa*, “Anuario de Estudios Medievales” 25/2 (1995), pp. 699-759 (p. 252 de ref.).

Los editores no han observado que esta rueda de las 7 sillas, que en las entradas del rey y de la reina contenían la representación de sus vástagos, en cambio, un mes y medio más tarde, en la entrada del primogénito cambia de contenido, puesto que no tenía sentido la imagen de los hijos en honor al mayor, y el entremés se recicla en una rueda de Virtudes, para las que se hacen títulos y emblemas como los dos jarros para la Templanza, los rayos de fuego para la Fe, la túnica negra quizás para la Humildad, la bolsa de cuero para la Generosidad, las espigas de trigo quizás para la Caridad...

El espectáculo estrella por evergadura y significación fue la gran rueda de las edades, también sobre dos carruajes. En uno se erigió una gran rueda con radios torneados en forma de balaustre, forrada con hoja de estaño, orlada con oropel y con un complejo y elaborado mecanismo de engranajes que la hacían girar. En la rueda se fijaron 5 sillas donde iban los mozos que representaban 5 de las 7 edades del hombre (nacimiento y muerte no irían sentados, sino yacentes), y cada uno llevaba una filacteria con su nombre. Así lo vemos en la iconografía de la época, donde cada edad presenta su rótulo y un signo que la identifica. Así, *Infantia* es un bebé acostado en su cuna; *Pueritia* un niño cabalgando un caballito; *Adolescentia* es un muchacho vestido a la moda con un halcón de caza en la mano; *Iuventus* es un joven coronado; *Virilitas* es un hombre barbado que lleva una bolsa de dinero; *Senectus* va con capucha y bastón en mano; mientras que *Decrepitus* es un cadáver acomodado en su ataúd. Bajo la rueda, un ángel con una mano mece la cuna del infante y con la otra el sarcófago del muerto. Y en medio de la rueda una mujer en guisa de Fortuna. Hábil conjunción de la tradicional rueda de la Fortuna con la de la Vida, al fin y al cabo sometida a su arbitrio. La documentación valenciana se ajusta a la iconografía descrita: el *bres* o cuna de la primera edad, el cernícalo (*soriguer*) del adolescente, una bolsa de cuero (*almatracá*) para el hombre maduro, el sepulcro del muerto, amén de barbas hechas con colas de caballo para el joven y el hombre (de color blanco para el viejo). También se documenta el figurante que iba dentro de la Rueda plausiblemente como Fortuna, y debajo el ángel alado que regía cuna y tumba.

El último entremés aparece con dos nombres: *de Mestre Vicent* i *La Visió*, cosa que nos había inducido a considerarlos dos entremeses distintos, como corrigen acertadamente los editores.

En fin, Cárcel Ortí y García Marsilla subrayan la importancia de este libro de cuentas porque a través de los gastos derivados de la construcción de los entremeses se entrevé el universo menestral de la ciudad de Valencia a principios del siglo XV, con un nutrido mercado de materias primas y una participación activa de los pintores y artesanos más relevantes del momento. Hay que celebrar la edición íntegra de ambos libros, porque la totalidad de los datos registrados nos ofrece una imagen mucho más precisa de lo que fueron aquellas fastuosas entradas, sólo parcialmente conocidas por los extractos de Carreres Zacarés.

FRANCESC MASSIP
Universitat Rovira i Virgili, Tarragona